

A. DONNELLY

COMENTARIO BÍBLICO DEL LIBRO DE CANTARES



COMENTARIO BÍBLICO
DEL LIBRO DE CANTARES

Renovando nuestra *pasión* espiritual



PS. ALEX DONNELLY

CONTENIDO

	Página
<i>"Bienaventurada"</i>	
Prefacio (A. B. Simpson).....	
Introducción al Cantar de los Cantares.....	
Resumen del Libro.....	
COMENTARIO.....	
El Targum del primer capítulo de Cantares.....	
Análisis Completo de Cantares.....	
Apéndice: Cánticos Espirituales.....	
Bibliografía.....	

"BIENAVENTURADA"

La imagen de la carátula

Óleo sobre lienzo
(200cm x 60 cm)

Por Isabel Rodríguez Urquiaga

"Intenta plasmar a la mujer como creación de Dios y resaltar su espíritu y belleza interna; como aquella novia sin mancha que espera a su Amado y cultiva este estado de plenitud y espiritualidad, conforme a su diseño original y propósito eterno, que la convierte en la compañera esperada, bienaventurada a los ojos de Dios su Creador".

Isabel Rodríguez Urquiaga

Artista Plástica de nacionalidad peruana (1981 – Trujillo)

Estudió en la Escuela Superior de Bellas Artes "Macedonio de la Torre", Trujillo (2000-2004). Su especialidad fue dibujo-pintura, y egresó con el primer puesto y premio de excelencia. Isabel Rodríguez ha participado en un gran número de exposiciones individuales y colectivas en el Perú y en el extranjero (Bélgica, EE.UU., México y Francia).

El cuadro "*Bienaventurada*", el cual representa la carátula de este libro, fue parte de una exposición de Isabel en México: "*ISHA – MUJER, ESPEJO DEL CIELO*" (2012).

La pintora es miembro de la Iglesia Alianza Cristiana y Misionera Noroeste ("Covicorti"), en la ciudad de Trujillo, Perú.

PREFACIO

por

Alberto B. Simpson¹

"Este hermoso libro es el cántico de amor de Salomón. Posteriormente, los profetas hicieron eco de esta melodía celestial. Isaías afirma que nuestro Hacedor es nuestro Marido (Is. 54:5), y Jeremías reclama de parte de Dios, con nostalgia, diciendo: *"Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de Mí en el desierto, en tierra no sembrada"* (Jer. 2:2). Oseas predice aquella experiencia más elevada, cuando el alma restaurada de sus deslices espirituales llamará a Jehová: *"Ishi"*, que significa: 'Mi marido', y nunca más lo llamará: *"Baali"*, 'mi dueño' (Os. 2:16), añadiendo la hermosa promesa del Señor: *"Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová"* (Os. 2:19-20).

De igual modo, Ezequiel nos presenta un cuadro dramático de cómo Jehová llamó a Su Novia: *"Y pasé Yo otra vez junto a ti, y te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores; y extendí Mi manto sobre ti, y cubrí tu desnudez; y te di juramento y entré en pacto contigo, dice Jehová, y fuiste Mía"* (Ez. 16:18). Juan el Bautista, el último de los profetas del Antiguo Pacto, presenta a Cristo a Israel, afirmando que él solo era el amigo del Esposo (Jn. 3:28-30). El Señor mismo toma esta figura y describe los días de Su ministerio terrenal como el tiempo de tener al Esposo, prediciendo el tiempo en que *"el Esposo les será quitado"* como un tiempo en que la Esposa ayunará, esperando Su retorno (Mt. 9:15).

Fiel a esta figura, el Señor comenzó Su ministerio en una fiesta de bodas, y el primer milagro que hizo fue convertir el agua en vino, como una señal del propósito principal de Su reino, que era convertir las cosas terrenales en cosas celestiales, dándonos no solo el agua de la vida sino también el vino del amor.

Sus parábolas fueron tan instructivas como Sus milagros. Contó la historia de la Fiesta de Bodas que un rey celebró para su hijo (Mt. 22:1-13), y también la parábola de las Diez Vírgenes que salieron para esperar al esposo. Más que todos los demás autores del Nuevo Testamento, el apóstol Pablo capta el espíritu de esta imagen exquisita e interpreta el significado de los afectos terrenales más profundos a la luz de la realidad celestial (Ef. 5:22-32). Hablando acerca del amor del esposo y la esposa, él eleva nuestros pensamientos por encima de la 'sombra' terrenal a esa unión más profunda entre nosotros y el Señor, y con una profundidad y claridad de pensamiento que difícilmente se puede expresar en palabras humanas, y solo puede ser entendido por aquellos cuyos corazones están enamorados del Señor. Bajo la dirección del Espíritu Santo, Pablo escribe: *"Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia"* (Ef. 5:32), *"porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y Él es su salvador... porque somos miembros de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos"* (Ef. 5:23, 30). Tal como el esposo ama a la esposa, así Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla y purificarla por el lavamiento del agua por la palabra, para presentársela a Sí mismo como una Iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga (Ef. 5:25-26). De igual modo, al hablar de nuestra pureza personal, como la base para nuestra unión física con el Señor, Pablo afirma que el Señor es para el cuerpo y el cuerpo para el Señor, porque somos miembros de Cristo (1 Co. 6:13, 15).

¹ Un extracto de la introducción a su comentario sobre Cantares, que lleva como título, *The Lord's Love Life* ("La Vida Amorosa del Señor").

El apogeo de esta imagen celestial se encuentra en el libro de Apocalipsis, donde todo el universo es invitado a contemplar el espectáculo culminante y glorioso del amor y el poder de Dios, el modelo de la creación, redención y gracia, la maravilla de los ángeles y el deleite de Dios. *"Ven acá",* exclaman, mientras todos los ojos se voltean para ver la visión de inefable gloria descendiendo de los cielos, resplandeciente con la luz de joyas celestiales y brillando con la gloria de Dios. *"Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero"* (Ap. 21:9). *"Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y Su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios"* (Ap. 19:6-9).

Amados, nadie podría decir que un tema que ocupa un lugar tan importante y sublime en la Palabra de Dios y en nuestra esperanza del futuro, no sea de profundo interés para nosotros y la más seria y reverente consideración".

INTRODUCCIÓN A CANTARES

Cantares es uno de los libros más transcendentales del Antiguo Testamento y al mismo tiempo, uno de los menos entendidos. La obra lleva como título: "*Cantar de los cantares*", que significa: "El mejor de los cantos". Sabemos que Salomón compuso más de mil canciones durante su vida (1 R. 4:32), pero esta fue la mejor de todas sus composiciones líricas. Por ser una composición tan sublime, merece ser estudiada en detalle, y aunque nos lleve tiempo hacerlo, el esfuerzo será abundantemente recompensado. El creyente que llega a entender el libro de Cantares crecerá en su vida espiritual y aprenderá a amar al Señor apasionadamente.

En las Escrituras de los judíos, el libro de Cantares está en la sección conocida como los Escritos, y ocupa el primer lugar en este grupo de libros porque los judíos lo leían durante la fiesta de la pascua. En nuestras Biblias en español, Cantares viene después de Proverbios y Eclesiastés, y esto nos enseña que para valorar el amor de Cristo es importante ser sabios y entender que todo lo que existe debajo del sol es "*vanidad de vanidades*" (Ec. 1:2, 13-14). En esta composición lírica, el consejo que Salomón dejó a sus lectores fue buscar a Dios mientras sean jóvenes (Ec. 12:1). Lo más probable es que él compuso Cantares hacia el fin de su vida, cuando se arrepintió de su apostasía espiritual y dejó el amor de las mujeres por aquel amor que sobrepasa todo entendimiento – el amor de Dios, en Cristo Jesús.

La Iglesia recibió el libro de Cantares de los judíos como parte de las Sagradas Escrituras, y a lo largo de los años muchos creyentes han dado testimonio del gran valor espiritual de Cantares. Aunque los autores del Nuevo Testamento nunca citan de este libro, textualmente, eso no quita la autoridad de Cantares en absoluto, porque los apóstoles no citaron los libros del Antiguo Testamento para darles autoridad sino porque ya la tenían. En el caso de Cantares, la ausencia de citas textuales en el Nuevo Testamento es más que compensada por muchas alusiones al libro de Salomón, tal como nos indica Alberto Simpson en el Prefacio a este comentario.

LA INTERPRETACIÓN DEL LIBRO

a. Principios generales

Los dos libros, considerados por sus características particulares como los más difíciles de entender en la Biblia son Cantar de los Cantares y Apocalipsis, porque ambos exigen un conocimiento amplio de todas las Escrituras. Pues, para interpretar Apocalipsis hay que mirar hacia atrás, porque el último libro de la Biblia es la culminación de las profecías del Antiguo Testamento, mientras que para interpretar Cantares hay que mirar hacia adelante, porque este libro es un anticipo de lo que el Nuevo Testamento revela de Cristo y la Iglesia. Tanto Cantares como Apocalipsis deben ser leídos a la luz de toda la revelación bíblica, porque según los autores del Nuevo Testamento, lo que pasó en el Antiguo Testamento es una sombra de las realidades del Nuevo Testamento (Heb. 10:1; Col. 2:16-17; 1 Co. 10:6-11),

Algunos afirman que Cantares es un libro alegórico y que, por lo tanto, cada detalle del texto tiene un significado espiritual. Rechazamos esa postura porque se presta para muchas interpretaciones exageradas. Consideramos, más bien, que Cantares es una parábola, en que los lineamientos generales del poema tienen un significado espiritual, pero no así cada detalle de la historia. Cristo no narró las parábolas (como la del Buen Sembrador) para enseñar cosas terrenales, sino para instruir al pueblo de Israel acerca del reino de Dios. De igual modo, el Espíritu Santo no reveló Cantares para enseñarnos acerca de la vida matrimonial, sino para

instruarnos en cuanto a la relación entre Cristo y la Iglesia. Salomón, como los demás profetas del Antiguo Testamento, no entendió todo lo que estaba escribiendo; redactó el libro de Cantares para el beneficio de los herederos de la salvación en Cristo (1 P. 1:10-12).

Al igual que el libro de Ester, Cantares nunca menciona el nombre de Dios. Sin embargo, tal como la soberanía de Dios permea el libro de Ester, el amor de Dios permea este cántico espiritual, en la persona del rey davídico, quien representa a Cristo. El amor de Dios en Cristo no es solo un amor bondadoso, benévolo, condescendiente, íntimo, fiel y ferviente; es también un amor que revela la gracia de Dios a los pecadores.

b. La interpretación literal: Salomón y la sulamita

Muchos consideran que el tema central de Cantares es la relación sentimental entre un hombre y una mujer. Por consiguiente, los jóvenes de nuestras iglesias toman Cantares como una fuente de citas románticas para dedicar a sus enamoradas, mientras que los pastores usan este libro para enseñar principios de la vida matrimonial en los retiros de parejas. Este uso de Cantares se debe, en gran medida, a la interpretación que los comentaristas contemporáneos hacen del libro de Salomón, pasando por alto la manera en que los pastores y maestros de la Biblia han interpretado el libro de Cantares a lo largo de los siglos. Según estos hombres, el tema central de Cantares es la relación entre Cristo y la Iglesia.

Ciertos detalles del libro indican que la interpretación literal de Cantares, por muy popular que sea en estos tiempos, no es la más adecuada. Si tomamos en cuenta la doctrina de la inspiración de la Biblia, el título del libro: "*Cantar de los Cantares*", señalaría que, a criterio del Espíritu Santo, esta es Su mejor composición lírica, superando el canto de Moisés (Dt. 32), el canto de Débora (Jue. 5), el canto de Ana (1 S. 2) y todos los Salmos, incluyendo el Salmo 119. A la luz del título del libro, es difícil sostener que el tema central de Cantares es la relación sentimental entre dos seres humanos. Por tan importante que sea el matrimonio, especialmente entre creyentes, debe haber una enseñanza más fundamental en este libro para que califique como la mejor canción que el Espíritu Santo jamás haya inspirado.

Los libros históricos, específicamente 1 Reyes y 2 Crónicas, afirman que Salomón tuvo muchas esposas – mujeres de la élite de las naciones vecinas (1 R. 3:2; 11:1-8, 3; 2 Cr. 9:1-4). Sin embargo, no hay ninguna indicación en las Escrituras que él haya amado a una doncella del campo. Es más, el hecho de haber tenido tantas princesas como esposas, sumado a lo que la Biblia enseña de la opulencia de Salomón, hace poco probable que alguien como él se haya fijado en una campesina.

Un tercer dato que milita contra la interpretación literal de Cantares es que la Biblia afirma que Salomón tuvo setecientas esposas y trescientas concubinas (1 R. 11:3), algo que indicaría que el hijo de Betsabé no es el mejor modelo para la vida matrimonial. Los que consideran que Cantares presenta los principios para lograr una buena relación matrimonial procuran evitar este problema alegando que el amor entre Salomón y la sulamita antecedió todos estos matrimonios. Sin embargo, en el capítulo seis de Cantares leemos: "*Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas, y las doncellas sin número; más una es la paloma mía, la perfecta mía*" (Cnt. 6:8-9). Ciertamente, no sería adecuado dar a entender que la esposa se contenta con ser la más "amada", aunque tuviera que compartir su esposo con otras ciento cuarenta esposas y concubinas.

En cuarto lugar, debemos observar que, aunque la sulamita comienza el libro expresando su admiración por Salomón y describiendo el grato olor de sus ungüentos ella concluye con lo siguiente: "*Por eso las doncellas te aman*" (Cnt. 1:3). Estas palabras dan a entender que la sulamita no solo sabía que otras mujeres se sentían atraídas por Salomón, sino que aprobaba que ellas amaran a su novio. Eso es sumamente extraño. Más extraño aún es lo que leemos en el v.4 del

capítulo uno: *"Atráeme; en pos de ti correremos... Nos gozaremos y alegraremos en ti... Con razón te aman"*. Según estas palabras, la sulamita primero le suplica a Salomón que haga algo para enamorarla más (*"Atráeme"*), y luego pasa a hablar de otras mujeres, indicando que no solo ella, sino otras doncellas también estarían corriendo tras Salomón y deleitándose en él.

Finalmente, habría que notar que, en el idioma original, la palabra *"sulamita"* (Cnt. 6:13) tiene las mismas consonantes que el nombre *"Salomón"*. Es más, las letras *'s-l-m'* son las mismas consonantes que forman la palabra en hebreo para: *"paz"* (*'shalom'*). En realidad, la palabra *'sulamita'* es la forma femenina de *'Salomón'*, y podría ser traducida: *'Salomona'*, porque ella es a Salomón, lo que Eva fue a Adán: *"varona"* para el *"varón"* (Gn. 2:23).

c. La interpretación espiritual: Cristo y la Iglesia

Si el tema central del libro de Cantares no es el amor humano entre Salomón y la sulamita, entonces ¿cuál es el tema principal? Para contestar esta pregunta tenemos que interpretar el libro de Salomón a la luz de toda la enseñanza bíblica. Las Escrituras indican que el matrimonio es una institución humana de gran importancia; no obstante, la Biblia pareciera indicar que por tan importante que sea el matrimonio entre un hombre y una mujer, dicha relación no es un fin en sí, sino un medio para lograr un fin. El apóstol Pablo alude a esto en la carta a los Efesios 5, cuando habla del matrimonio humano y cita al libro de Génesis 2:24; sin embargo, luego añade palabras muy significativas: *"Grande es este misterio; más yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia"* (Ef. 5:32). Estas palabras indican que, para Pablo, uno de los propósitos principales del matrimonio humano es ilustrar la relación entre Cristo y la iglesia; y a la luz de esta afirmación, habría que señalar que no es una coincidencia que la Biblia empiece con un matrimonio (Adán y Eva) y termina con otro (Cristo y la Iglesia). Toda la experiencia humana de la vida matrimonial debe entenderse en el contexto de estos dos matrimonios fundamentales.

A la luz del panorama bíblico, que el Prefacio amplía en detalle, podemos afirmar que el tema principal de Cantares no es la relación entre Salomón y la sulamita, sino la relación entre Cristo y la Iglesia. Eso explicaría el título del libro. Cantar de los Cantares es la canción más sublime que el Espíritu Santo inspiró, porque el deseo ferviente del Espíritu Santo no es exaltar el matrimonio humano, sino exaltar la persona de Cristo y hacer que la Iglesia se enamore más y más de Él.

Esta interpretación de Cantares explica dos detalles sumamente interesantes del libro. El primero es que Cantares presenta a Salomón como un hombre absolutamente perfecto; algo que es muy extraño a la luz de todas las cosas negativas que los libros históricos dicen de él. A diferencia de lo que leemos en 1 de Reyes, acerca de Salomón, el libro de Cantares, desde el inicio hasta el final, no menciona imperfección alguna en él. Sin embargo, el libro señala varios defectos en la sulamita. Ella es *"morena"* (Cnt. 1:5-6), descuidó su viña (Cnt. 1:6), no sabe dónde hallar a Salomón (Cnt. 1:7), confiesa la necesidad de ser conquistada (Cnt. 1:4) y reconoce que a veces descuida su relación con Salomón (Cnt. 5:2-7)². Estos dos detalles confirman la interpretación que estamos dando a este libro; es decir, que Cantares es una descripción poética de la relación entre Cristo y la Iglesia, en la que Salomón representa a Cristo y la sulamita representa a la Iglesia.

Es innegable que el tema del amor humano y la relación matrimonial es importante para Dios; no obstante, este tema no se compara en trascendencia con el tema del amor divino y la relación entre Cristo y la Iglesia. Es difícil creer que

² Si el libro realmente tratara el tema del matrimonio, es de suponer que no solo presentaría algunas imperfecciones de la mujer, sino también las del marido, y en este caso Cantares no lo hace.

Dios nos haya dado, en forma infalible y para toda la eternidad, un libro enteramente dedicado a describir el amor entre dos individuos, que además de ser imperfectos, eran pecadores. Mucho más probable es que Dios nos ha otorgado un libro inerrante para describir el amor eterno entre Cristo y Su pueblo.

El libro de Cantares presenta a Cristo como el Rey, Aquel que es el Novio y el Esposo de la Iglesia. Al mismo tiempo, presenta a la Iglesia como la Reina, aquella que es la Novia y la Esposa del Rey de reyes. Además, describe el afecto mutuo entre ellos, sus tiempos de comunión íntima, y las palabras con que se tratan y alaban. Es difícil imaginar un tema más sublime que este. Todo verdadero hijo de Dios debe deleitarse en el libro de Cantares y meditar mucho en él cada día, para fortalecer y avivar el fuego de su amor por el Señor. Nuestra vida espiritual sería más fuerte, nuestro servicio a Dios más comprometido, y nuestra adoración a Cristo más ferviente si estudiáramos este libro constantemente. Es de temer que la baja condición espiritual de la mayoría de los cristianos se debe a que hemos sido negligentes en cuanto al estudio de esta parte de las Escrituras.

LA IMPORTANCIA DE CANTARES

Cantar de los Cantares es uno de los libros más profundos en la Biblia. Pero, cuán triste es reconocer que pocos creyentes lo estudian, e incluso los pastores predicar poco de él. Los judíos insistían que una persona tenía que ser bastante madura, incluyendo el área personal y espiritual, para poder leer Cantares con provecho. Como cristianos, estamos de acuerdo con dicha evaluación, y reconocemos que para sacar provecho de Cantares es necesario tener una relación íntima y profunda con el Señor.

Podemos resumir la importancia de este libro notando los siguientes puntos:

- i. Cantares es parte de las Sagradas Escrituras que fueron reveladas por Dios para el bien de la humanidad, y especialmente para el provecho espiritual del pueblo de Dios. Eso significa que Cantares debe ser rescatado del olvido y su mensaje explicado claramente, para la edificación de la Iglesia de Cristo.
- ii. El tema principal del libro es la relación entre Cristo y la Iglesia, que es de mucha importancia para el creyente. Cantares presenta una gran variedad de experiencias vivenciales en cuanto a esta relación de amor, que lo hace un libro sumamente valioso para los hijos de Dios. Es nada menos que un manual para ayudarnos a entender y desarrollar nuestra comunión con el Señor, abarcando el nivel personal como congregacional. Por esta razón, Cantares es un libro único en la Biblia, y debe ser leído con mucha atención por cada creyente que ama al Señor. El que es negligente en el estudio de Cantares desperdiciará un gran recurso que Dios nos ha dado para cultivar y profundizar nuestra comunión íntima con Cristo.
- iii. Cantares está escrito en una forma poética con el fin de estimular nuestra pasión espiritual. El estilo poético y el lenguaje del libro fueron escogidos por el Espíritu Santo a propósito, con el fin de engendrar esta pasión espiritual, que es una parte integral del verdadero amor por Dios. El Señor no nos ama fríamente, y tampoco quiere que le amemos de esta manera. El amor debe ser candente, apasionado y profundo, y Dios nos ha dado el libro de Cantares para ilustrar y promover esta clase de amor, mas no un amor frío y lúgubre, como a veces lo manifestamos.
- iv. El libro de Cantares fue inspirado por el Espíritu Santo con el fin de derramar el amor de Cristo en nuestros corazones (Ro. 5:5). Por consiguiente, el que

lee y estudia Cantares, compartirá la experiencia que Moisés tuvo en el Monte Sinaí. Él bajó del monte transformado porque vio la gloria de Jehová; y los que estudian Cantar de los Cantares a cara descubierta verán el amor del Señor en una manera totalmente nueva, y serán transformados de gloria en gloria a la imagen de ese amor, gracias a la obra interna del Espíritu Santo (2 Co. 3:18).

REQUISITOS PARA ESTUDIAR CANTARES

Para que todo creyente saque provecho de esta espléndida obra debe cumplir con algunos requisitos indispensables e importantes. Primero, conozca bien la Biblia, especialmente los Salmos y otras canciones espirituales en las Escrituras; esto nos permitirá interpretar correctamente el lenguaje poético de Cantares. Un salmo sumamente importante para entender Cantares es el Salmo 45, dado a que tiene muchos paralelos con el poema de amor escrito por Salomón.

Segundo requisito. Se debe tener una relación personal con Dios y haber experimentado profundamente Su amor. Tal como es difícil entender la experiencia del enamoramiento sin que lo hayamos vivido, será difícil entender lo que Salomón escribe a no ser que tengamos una relación profunda con el Señor y hayamos experimentado de Su amor derramado en nuestros corazones. Para disfrutar esta clase de relación con Cristo hace falta la revelación divina. Nadie amará al Señor como lo hace la mujer en este poema aparte de la gracia de Dios y la revelación del Espíritu Santo. Como afirma el comentarista James Durham: "Los pecadores, a pesar de lo que digan, tendrán un corazón frío hacia el Señor hasta que vean Su gloria, saboreen Su gracia, y disfruten una comunión íntima con Él como su amado y estimado Amigo". De igual modo, el creyente tampoco podrá deleitarse en Cristo, y menos en este cántico espiritual que celebra Sus excelencias, hasta que logre decir de todo corazón, "Mi Amado es mío y yo Suyo". Un ejemplo vívido y real de esta sublime experiencia fue lo que experimentó el apóstol Pablo, quien antes de conocer a Cristo, lo aborreció con la misma intensidad que lo llegó a amar y a negarse a sí mismo por amor de Su nombre (Fil. 3:7-14).

Tercer requisito. Es importante saber algo de las experiencias espirituales de otros creyentes, especialmente de aquellos que han gozado una comunión profunda con el Señor. Hablamos de grandes líderes espirituales de la talla de Carlos Spurgeon, Samuel Rutherford, Roberto Murray McCheyne y David Brainerd, entre otros. Para ello es menester leer las biografías de estos hombres y leer sus escritos. Así entenderemos, en esta edad marcada por mucha superficialidad espiritual, que lo que Salomón escribe en este libro acerca del amor entre Cristo y la Iglesia, no es algo fantasioso o exagerado, sino la misma experiencia que siervos de Dios han disfrutado a lo largo de los siglos.

Un cuarto requisito es pasar mucho tiempo conversando con el Novio, pidiendo que Él nos ayude a entender el amor que tiene por la Iglesia. Solo el Señor podrá iluminar nuestras mentes para entender el significado espiritual de esta porción de las Escrituras. Más que cualquier otro libro, necesitamos leer Cantares con la llenura del Espíritu Santo, porque es la única manera de entender lo que el Espíritu quiere decir a la Iglesia a través de este libro.

El quinto requisito. Debemos leer Cantares como un libro inspirado por el Espíritu Santo y no simplemente como una composición de Salomón. Si enfatizamos la autoría humana de Cantares corremos el riesgo de darle al libro una interpretación humana y carnal. Es cuando entendemos que fue el Espíritu Santo quien inspiró a Salomón a escribir Cantares, que estaremos en condiciones de entender que hay uno mayor que Salomón aquí, y que este libro no trata simplemente de la relación sentimental entre Salomón y la sulamita, sino de la relación espiritual entre Cristo y la Iglesia.

Finalmente, es importante guardar nuestros corazones de cualquier contaminación espiritual. Para entender bien el libro de Cantares, no es suficiente

experimentar la gracia de Dios en forma general; tenemos que saber algo de la gracia de Dios guardándonos de las cosas del mundo y de la carne, y direccionándonos hacia el amor a Dios.

Conclusión

A lo largo de la historia, muchos creyentes han amado al Señor profundamente, y lo han expresado en sus escritos, especialmente en sus cánticos espirituales. Sin embargo, la plena realización de las emociones expresadas en Cantares se dará en la eternidad, cuando juntamente con Moisés y todos los redimidos, cantaremos "*el cántico del Cordero*" (Ap. 15:3-4). Después que Dios haya juzgado a las naciones y liberado a los creyentes de la apostasía espiritual de los últimos tiempos, los hijos de Dios disfrutarán el amor de Cristo con corazones perfectamente santificados. Será en ese contexto que la Iglesia cantará el canto del Cordero que fue inmolado y lo amarán de todo corazón.

En el tercer capítulo de la carta a los Efesios, el apóstol Pablo ora por los creyentes pidiendo a Dios que los fortalezca "*para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento...*" (Ef. 3:17-19). Del mismo modo, hacemos nuestra esta oración a favor de cada uno de ustedes queridos lectores.

UN RESUMEN DEL LIBRO³

Antes de comenzar el estudio detallado de Cantares es importante tener una idea general del contenido del libro. Este resumen servirá para dar una mejor comprensión de esta obra, y lo haremos por secciones para que podamos estudiar el libro con mayor facilidad, sin perdernos en los detalles de la exposición de Cantares.

LA PRIMERA SECCIÓN

(Cnt. 1:1 – 2:7)

El alma del creyente anhela experimentar el amor de Cristo y es conducida hacia la gratificación de este deseo, disfrutando una comunión cada vez más íntima con el Señor hasta lograr el mayor deleite posible en este mundo. En el camino, el creyente experimenta una diversidad de emociones y también cambios en su estado de ánimo espiritual; no obstante, por medio de ellos avanza progresivamente hacia el cielo.

Las experiencias que el autor menciona incluyen las siguientes:

1. La comunión íntima con Cristo en Sus aposentos (Cnt. 1:2-4).
2. La consciencia de ser indigno del amor de Cristo (Cnt. 1:5-6).
3. El camino del deber y la abnegación personal (Cnt. 1:7-11).
4. La experiencia de estar sentado con el Rey entre Sus amigos, disfrutando comunión con Él como uno más de Sus amigos (Cnt. 1:12-14).
5. El deleite de reposar junto a Él en medio de un panorama de belleza espiritual (Cnt. 1:15-17).
6. La protección Cristo y los deleites que Él nos brinda (Cnt. 2:1-3).
7. El disfrute de los mayores placeres espirituales posibles en este mundo (Cnt. 2:4-7).

LA SEGUNDA SECCIÓN

(Cnt. 2:8 – 7:9)

El autor nos presenta una serie de motivaciones por medio de las que el Señor nos cautiva espiritualmente con el fin de alejarnos del mundo, para que estemos con Él en la gloria.

Mientras estamos en este mundo, luchamos contra la tendencia a decaer en nuestra vida espiritual y a enfriarnos en nuestro amor por el Señor. Por consiguiente, el Señor tiene que contrarrestar esta predisposición al debilitamiento

³ Este resumen se basa sobre el comentario de *Cantares* de George Burrowes (1860).

espiritual, ofreciéndonos incentivos muy poderosos. Nuestra fe debe madurar por medio del fortalecimiento del alma, y Dios logra esto otorgándonos increíbles momentos de deleite espiritual en Su presencia. Luego se aleja un poco de nosotros y nos deja sin esas experiencias especiales, para ver cómo perseveramos, luchando contra muchas dificultades, sin experimentar la dulzura de la presencia del Señor. De ese modo, aprendemos a depender únicamente de Su Palabra y las promesas que encontramos en ella.

El Señor cautiva nuestras almas en tres maneras:

1. Por medio de la belleza del cielo, como un lugar preparado para nosotros, donde Él nos espera (Cnt. 2:8-17).
2. Por medio del esplendor de la recepción que tendremos cuando lleguemos allí, y también por la seguridad y la magnificencia de la manera en que seremos conducidos al cielo (Cnt. 3:1-11).
3. Por medio de Su gran amor, que es un afecto tan intenso que no se puede describir completamente, aunque usemos las ilustraciones más dramáticas y vívidas de la experiencia humana. Además, es un amor intenso que se mantiene constante, a pesar de nuestra negligencia espiritual (Cnt. 4:1 – 7:9).

LA TERCERA SECCIÓN

(Cnt. 7:10 – 8:14)

Esta sección presenta los efectos que las manifestaciones del amor de Cristo tienen sobre el corazón del creyente.

1. Una gran confianza en nuestra esperanza (Cnt. 7:10).
2. El deseo de pasar mucho tiempo a solas con el Señor (Cnt. 7:11).
3. La disposición de dedicarnos a labores de amor y santidad (Cnt. 7:12).
4. La consagración al Señor de nuestros mejores dones espirituales y de todas las posesiones materiales que tenemos (Cnt. 7:13).
5. El deseo de eliminar todo aquello que podría interrumpir una comunión íntima con el Señor (Cnt. 8:1-2).
6. El anhelo de cuidarnos de cualquier pecado que podría alejar el amor de Cristo (Cnt. 8:3-4).
7. El hermoso sentir de reposar sobre el Señor y de ser sostenido por Sus brazos (Cnt. 8:5).
8. El deseo de estar siempre cerca al corazón del Señor y de ser sostenido por Su poder (Cnt. 8:6a).
9. La disposición de sacrificar cualquier cosa que se interponga entre Cristo y nosotros (Cnt. 8:6b).

10. El criterio que todo aquello que el mundo nos ofrece como un soborno para alejarnos de Cristo es menospreciable (Cnt. 8:7).
11. El deseo de ganar a los inconversos (Cnt. 8:8-10).
12. Un sentido de responsabilidad, al considerar que somos administradores de todo lo que tenemos de parte de Dios (Cnt. 8:11-12).
13. El privilegio de acercarnos al trono de la gracia en cualquier momento (Cnt. 8:13).
14. El anhelo que se complete nuestra redención, y que se perfeccione nuestro amor por Cristo con la Segunda Venida del Señor (Cnt. 8:14).

"Cantar de los cantares, el cual es de Salomón"

Estas palabras conforman el título de uno de los libros más bellos de las Escrituras, y nos llaman la atención por las tres cosas importantes que nos dicen acerca de la obra: en primer lugar, es un canto; en segundo lugar, es el mejor de todos los cantos; y en tercer lugar, es un canto de Salomón, el hijo de David, el rey de Israel.

Si el Espíritu Santo guio al autor humano a dar a este libro el título: "*Cantar de los cantares*", será importante considerarlo en detalle y no simplemente pasarlo por alto. Como afirma el apóstol Pablo, cada palabra de las Escrituras es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir y para instruir en justicia (2 Ti. 3:17); por consiguiente, deben haber cosas importantes que podemos aprender aún del título del libro.

Lo primero que la frase "*Cantar de los cantares*" nos enseña es que esta obra es una composición musical. El término en hebreo (**'shir'**) se usa para toda clase de canciones, sean cantos seculares, como los que Labán menciona en Génesis 31:27, o cánticos sagrados, como el de Moisés en Éxodo 15:1.

En la Biblia encontramos muchos cantos espirituales. Algunos tienen que ver con batallas (Juec. 5), otros con las grandes victorias que Dios dio a Sus siervos (2 S. 22). Las canciones bíblicas son importantes porque expresan hechos o conceptos en una forma que es fácil de recordar. Sabemos esto por experiencia personal, porque todos hemos aprendido canciones de memoria y nos damos cuenta de que la melodía que acompaña las letras de una canción nos ayuda a recordar las palabras del canto. Por eso, cuando Dios quiso que Su pueblo recordara ciertas cosas importantes, inspiró a alguien a componer una canción. Por ejemplo, Isaías, como parte de su ministerio profético, compuso la canción de una viña, que representaba la nación de Judá (Is. 5:1-7). Habacuc fue otro profeta que compuso una canción (Hab. 3). Indudablemente, el mejor ejemplo de un cántico compuesto para ayudar a Israel a recordar ciertos eventos importantes es el canto que Moisés compuso al fin de su vida y enseñó a Israel a entonar (Dt. 31:30 – 32:47).

Las canciones bíblicas tienen tres propósitos específicos: alabar a Dios, edificar a Su pueblo, y consolarlo. Por consiguiente, debemos leer y estudiar Cantares con estos tres propósitos en mente. Si lo hacemos, veremos que el tema principal del libro es la relación entre Cristo y la Iglesia en sus diversas facetas, y el estudio de Cantares nos llevará a amar al Señor Jesús, nuestro Salvador, y a adorar a Dios de todo corazón, por darnos a Su Hijo⁴. Es más, el estudio del libro de Cantares nos edificará espiritualmente, porque nos enseñará la importancia de nuestra comunión íntima con Cristo y la manera correcta de cultivarla. En tercer lugar, al meditar sobre Cantares hallaremos mucha consolación para nuestras almas, al descubrir la grandeza del amor de Cristo, y todo lo que Él siente y hace por Su Novia, la Iglesia.

A lo largo de los siglos, varias personas han intentado poner música a las letras de Cantares, y al hacerlo descubrieron que la música ayuda a experimentar las emociones que el libro pretende despertar en los hijos de Dios. El problema es que no tenemos una música inspirada por el Espíritu Santo, capaz de ayudarnos a sentir en forma infalible lo que Salomón quiso que sintiésemos al leer su obra. Sin embargo, si procuramos leer Cantares bajo la dirección del Espíritu Santo,

⁴ Para mayores detalles de cómo interpretar el libro de Cantares, ver la Introducción en las pp. 2222 .

descubriremos que la falta de notas musicales no es un problema, porque la tercera Persona de la Trinidad no solo nos ayudará a interpretar bien el contenido del libro, sino que cumplirá el papel de la música, generando en nuestros corazones todo un conjunto de emociones que Él quiso que tuviéramos al meditar sobre el amor de Cristo. Por lo tanto, de todos los libros de la Biblia, el que más requiere la ayuda del Espíritu Santo para entenderlo bien es Cantar de los Cantares. Muchos leen Cantares en una forma superficial, solo viendo en este libro una fuente de citas románticas o una descripción idealizada de la relación entre esposos. Si queremos entender correctamente el libro de Cantares y experimentar las emociones espirituales que Dios desea que sintamos al leer esta obra sagrada, necesitaremos la ayuda del Espíritu Santo. Él es quien nos permitirá ir más allá de la forma externa del canto para alcanzar la esencia del mensaje de Cantares. La forma externa es la relación sentimental entre Salomón y la sulamita, pero la esencia del libro es la relación entre Cristo y la Iglesia.

El estudio de este libro pondrá a prueba nuestro amor por el Señor y el obrar del Espíritu Santo en nuestras vidas. Desde el comienzo, pidamos a Dios que nos ayude a valorar más al Señor, y que el Espíritu Santo nos lleve a toda la verdad acerca de Él, porque Cristo está en todas las Escrituras (Lc. 24:27), y lo está en forma muy particular en este libro.

Cnt. 1:1

El mejor de todos los cantos

“Cantar de los cantares, el cual es de Salomón”

La frase *“Cantar de los cantares”* es una expresión idiomática en hebreo que señala la excelencia del libro. El equivalente en español sería: “El mejor de los cantos”. Dicha frase indica que Cantar de los cantares es un canto superlativo. No solo es el mejor de todos los cantos que Salomón compuso, que sumaron a más de mil (1 R. 4:32), sino que supera a todas las demás canciones que están en la Biblia, incluyendo la colección de ciento cincuenta Salmos.

Algunos pensarán que dicha afirmación es un poco exagerada; no obstante, es la evaluación que hace el mismo Autor de las Escrituras. Luego de inspirar a Salomón a redactar Cantares, el Espíritu Santo, por decirlo así, se detuvo para comparar este libro con las demás composiciones musicales que Él inspiró en la Biblia, y llegó a la conclusión que Cantares es la mejor canción que jamás se ha escrito, superando aun el Salmo 119. La excelencia de Cantares se debe, no tanto a la belleza del lenguaje, sino a la excelencia de los temas que trata, que incluyen la gloria de Cristo, Su amor por la Iglesia, la belleza de la Novia y Su devoción al Novio.

Según el Señor Jesús, el deseo principal del Espíritu Santo es glorificar a Cristo (Jn. 16:14). Es más, Él es quien regenera y santifica a la Iglesia, concediéndola la belleza descrita en Cantares. Como si esto fuera poco, el Espíritu Santo es el que derrama en la Iglesia amor por el Señor (Ro. 5:5) y hace que el creyente considere a Cristo lo más precioso (1 P. 2:7) – la Perla de gran precio (Mt. 13:45-46). Finalmente, la relación entre Cristo y la Iglesia se hace posible y se profundiza por la obra del Espíritu Santo, quien habla a la Iglesia y la lleva a buscar más al Señor, exhortándola siempre a volver al primer amor (Ap. 2:4, 7, 11, 17, etc.).

Puesto que el Espíritu Santo hace todas estas obras, no es nada extraño que Él inspirara a Salomón a componer una canción como Cantares, en la cual plasma la esencia de Su ministerio terrenal en cuanto a Cristo y la Iglesia. Más bien, si

afirmamos que Cantares es solo una composición que relata la belleza del amor humano, es difícil concebir que pueda ser la mejor canción que el Espíritu Santo jamás compuso. El matrimonio humano es de gran valor, pero difícilmente podríamos decir que la meta principal del ministerio del Espíritu Santo aquí en la Tierra es fortalecer a los matrimonios.

Aunque Cantares es una composición extraordinaria, hay otras canciones en la Biblia que tratan los mismos temas que tenemos en Cantares. Por ejemplo, el Salmo 45 describe la gloria de Cristo y la belleza de la Iglesia bajo la figura del matrimonio de Salomón. Ese salmo comienza afirmando: *"Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; la gracia se derramó en Tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre"* (Sal. 45:2). Luego afirma: *"Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de Tu reino"* (Sal. 45:6). Mientras tanto, la Novia es descrita en las siguientes palabras: *"Toda gloriosa es la hija del rey en su morada; de brocado de oro es su vestido"* (Sal. 45:13). Por eso, con profunda emoción y haciendo eco de la experiencia profética de Rut, la moabita, el autor exhorta a la Novia, diciendo: *"Olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; y deseará el Rey tu hermosura; e inclínate a Él, porque Él es tu Señor"* (Sal. 45:10-11).

Analizando el Salmo 45 de esta manera, no es difícil entender que Cantares es una suerte de exposición o ampliación de este salmo. En sus ocho capítulos, Salomón describe la gloria de Cristo, la belleza de la Novia, y la profundidad del amor entre ellos, y de esta manera promueve en aquellos lectores que son sensibles al Espíritu Santo una pasión única por el Señor. Eso explica por qué grandes siervos de Dios como Samuel Rutherford, Carlos Spurgeon y Roberto Murray McCheyne valoraron tanto este libro, y nos haría bien seguir el ejemplo de dichos siervos, aprendiendo a valorar Cantares como un cántico de excepcional valor espiritual.

Tomemos un tiempo para reflexionar sobre nuestro amor por el Señor. ¿Cuán profundo es? Pidamos el Espíritu Santo que use este libro para despertar en nosotros un amor cada vez más fuerte por el Señor Jesús.

Cnt. 1:1

Uno mayor que Salomón

"el cual es de Salomón"

Para muchos, este libro es un enigma. ¿Cómo pudo Salomón escribir un libro tan sublime sobre la relación entre Cristo y la Iglesia, siendo él un hombre que tuvo setecientas esposas y trescientas concubinas (1 R. 11:3)? Su carácter no parece encajar con un libro marcadamente espiritual. Este enigma se aclara si meditamos un poco sobre la figura de Salomón y el accionar de Dios en su vida.

En primer lugar, es claro que Salomón fue un hombre a quien Dios escogió, no solo para ser el rey de Israel, sino también para cumplir una función en el plan eterno de salvación. Sabemos esto por tres razones. En primer lugar, las promesas que Dios le hizo a David acerca de Salomón cuando estableció un pacto con él fueron muy particulares.

"Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, Yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmará su reino. Él edificará casa a Mi nombre, y Yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él Me será a Mí hijo. Y si él hiciere mal, Yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero Mi misericordia

no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti”.

2 Samuel 7:12-15

Las palabras: “*Él edificará casa a Mi nombre, y Yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él Me será a Mí hijo*” deben ser interpretadas cristológicamente, porque gracias al principio de doble cumplimiento de pasajes proféticos, o mejor dicho, al principio de “sombra” y “realidad”, podemos ver a uno mayor que Salomón aquí. Salomón construyó el templo físico en Jerusalén; pero el Mesías, el Hijo de David, construyó el templo espiritual en todo el mundo (Mt. 16:18; 1 Co. 3:16; 1 P. 2:5).

Un segundo punto que debemos tomar en cuenta es que, cuando Salomón nació, a pesar de las circunstancias pecaminosas en que fue engendrado, Dios le dio un nombre significativo: “*Jedidías*”, que significa “amado de Jehová” (2 S. 12:25). Al darle este nombre en el momento de nacer, Dios estaba indicando que Su amor por Salomón no fue provocado por sus buenas obras, sino que originó en el mismo corazón de Dios y en Sus propósitos eternos. Es más, aunque el nombre “*Jedidías*” se aplicó a Salomón, el verdadero “*Jedidías*” es el Señor Jesús, el amado Hijo del Padre (Mt. 3:17; 17:5).

En tercer lugar, gracias a la obra del Espíritu Santo en su vida, Salomón llegó a ser uno de los autores de la Biblia, puesto que él escribió Proverbios, Eclesiastés y Cantar de Cantares. Siglos después, el apóstol Pedro, bajo la dirección del Espíritu Santo afirmó que los autores del Antiguo Testamento eran “*santos hombres de Dios*” (2 P. 1:21), un título que debemos aplicar también a Salomón, por ser el autor de tres libros bíblicos.

Entre los escritos de Salomón está el Salmo 72, en que Salomón es presentado como una figura de Cristo, un juez perfecto (Sal. 72:2, 4), que reinará eternamente y traerá enormes bendiciones a todo el mundo (Sal. 72:3, 5, 7-8). La descripción de Salomón en el Salmo 72 concluye con las siguientes palabras: “*Será su nombre para siempre, se perpetuará su nombre mientras dure el sol. Benditas serán en él todas las naciones; lo llamarán bienaventurado*” (Sal. 72:17). Palabras que claramente se refieren a Cristo, no a Salomón.

La figura que el Salmo 72 presenta de Salomón no encaja con la segunda parte de su vida, en la que se apartó de Dios, tuvo una vida matrimonial desordenada, introdujo la idolatría a Israel, e impuso un sistema de impuestos altamente opresivo (1 R. 11:4-8; 12:4). Sin embargo, lo que debemos entender es que en textos como el Salmo 72 y el Salmo 45, hay uno mayor que Salomón, porque la figura histórica de Salomón representa al Señor Jesús, el verdadero Hijo de David. Lo que es cierto de los Salmos 45 y 72, es cierto también del libro de Cantares: en su contexto histórico, dichos textos hablan de Salomón, pero siguiendo una interpretación profética y leyendo estos textos a la luz de todas las escrituras, entendemos que ellos están hablando de uno mayor que Salomón. Por eso concluimos que, aunque Cantares da la impresión de narrar una relación histórica entre Salomón y una doncella, en realidad, por medio de este libro el Espíritu Santo estaba anticipando la relación entre Cristo y la Iglesia.

El análisis que hemos hecho de la persona de Salomón nos hace ver la gran diferencia que produce la gracia de Dios en la vida de un pecador. Por naturaleza, Salomón fue un hombre como nosotros; sin embargo, la gracia de Dios lo convirtió en una persona amada por Él, útil en Su obra, y una imagen de Cristo. Reflexionemos sobre nuestras vidas. ¿Qué es lo que seríamos hoy si Dios no hubiera intervenido en nuestras vidas? Demos gracias a

Dios por lo que Él ha hecho, está haciendo y todavía quiere hacer en nuestras vidas, para Su gloria.

Cnt. 1:2^a

Conociendo el amor de Cristo

"¡Oh, si Él me besara con besos de Su boca!"

Una de las emociones más fuertes que el ser humano puede sentir es el amor por una persona del sexo opuesto. Cientos de miles de poemas y canciones de todo el mundo lo confirman. De igual modo, la emoción más fuerte que un creyente puede sentir es el amor por Cristo, porque según Pablo es un amor que sobrepasa todo entendimiento (Ef. 3:19). El apóstol contaba con muchos privilegios, pero llegó a estimarlos todos como basura en comparación con el mayor privilegio de conocer al Señor Jesús y disfrutar de Su amor (Fil. 3: 4-8). Este era el móvil de su corazón y lo que le impulsaba a avanzar hacia la madurez espiritual (Fil. 3:10-14). *"Porque el amor de Cristo nos constriñe"*, declara Pablo, añadiendo: *"por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos"* (2 Co. 5:14). El apóstol nunca dejó de maravillarse del amor de Aquel que conquistó su corazón, y por eso dedicó su vida entera al servicio de Cristo, diciendo: *"ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí"* (Ga. 2:20).

Pablo amaba mucho al Señor porque sabía que ningún hombre jamás amaría a su esposa como Cristo ama a la Iglesia, de la cual él era parte por la gracia de Dios. Cristo descendió del cielo por Su Iglesia, y se entregó a la muerte en la cruz para rescatarla de la condenación eterna y limpiarla de toda contaminación espiritual (Ef. 5:25-27). Hablando del amor de Cristo (que lo llevó a la muerte en la cruz), el apóstol Juan dijo: *"como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin"* (Jn. 13:1); es decir, los amó "hasta las últimas consecuencias". Con razón el salmista afirma: *"¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti? Y fuera de Ti nada deseo en la tierra"* (Sal. 73:25), declarando: *"En cuanto a mí... estaré satisfecho cuando despierte a Tu semejanza"* (Sal. 17:15).

El corazón del creyente maduro late por amor a Cristo, y eso explica por qué el libro de Cantares comienza con la Novia expresando su deseo de disfrutar el amor del Novio: *"¡Oh, si Él me besara con besos de Su boca!"* (v.2a). Las palabras: *"besos de Su boca"*, no son una redundancia poética, como las frases: *"los dichos de mi boca"* (Sal. 19:14) o *"con su boca hablan"* (Sal. 17:10), sino que apuntan a cierta clase de beso. La amada no deseaba un beso que expresara solo reverencia, sumisión o respeto, sino un beso que señalara un amor profundo. En el Medio Oriente, las personas besaban las manos, los pies, la ropa y hasta la tierra que alguien pisaba, y cada beso tenía un significado particular, con diversos grados de intimidad. Un súbdito lo consideraría un gran honor si el soberano le permitiera besar su mano, pero nunca esperaría que el soberano le besara. Eso sería algo inaudito, especialmente si se trataba de un beso en la boca, porque tales besos eran reservados solo para las personas más allegadas al rey, como sus padres o su esposa.

Sin embargo, aquí la sulamita expresa el anhelo de recibir dicha señal de afecto, y al hacerlo muestra un alto grado de atrevimiento. ¿Qué la hizo pensar que el rey Salomón le brindaría tal muestra de afecto íntimo? La explicación es que sus palabras dan a entender que en algún momento ella ya había disfrutado de dichos

besos, y lo que dice al comienzo de este libro expresa el deseo de volver a experimentar lo que una vez sintió en su relación amorosa con Salomón.

Interpretando esta frase a la luz del Nuevo Testamento, llevamos las palabras de la sulamita a otro nivel de atrevimiento, porque el Rey ya no es Salomón, sino Cristo, el Rey de reyes, y la amada ya no es una mujer sencilla del campo, sino pecadores que se han rebelado contra Dios. No obstante, aunque el Señor Jesús sea el Rey de la gloria, el creyente tiene el derecho de esperar muestras de amor íntimo porque Cristo mismo ha indicado que nos considera Sus amigos de confianza: *"Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de Mi Padre, os las he dado a conocer"* (Jn. 15:15). Es más, el Señor también afirmó: *"El que tiene Mis mandamientos, y los guarda, ése es el que Me ama; y el que Me ama, será amado por Mi Padre, y Yo le amaré, y Me manifestaré a Él"* (Jn. 14:21).

¿Estamos experimentando día a día el amor de Cristo? ¿Valoramos Su amor más que cualquier otra cosa en la vida? Pidamos a Dios el Padre que derrame Su amor en nuestros corazones, para que podamos amar al Señor como Él lo merece y disfrutar de una comunión más íntima con Él.

Cnt. 1:2ª

La manifestación del amor de Cristo

"¡Oh, si Él me besara con besos de Su boca!"

Luego de notar, en forma general, el gran valor del amor de Cristo, debemos avanzar a cosas más específicas que nacen de estas primeras palabras de la sulamita. Los pasajes que mencionamos en el estudio anterior indican algunas de las condiciones que debemos cumplir para experimentar el grado de comunión íntima que la Novia señala:

- Debemos interesarnos en los asuntos del Novio y pasar tiempo escuchando Sus planes y propósitos (Jn. 15:15).
- Debemos conocer y guardar los mandamientos del Señor (Jn. 14:21).

Cuando hacemos estas dos cosas, el Señor promete manifestarse en nuestras vidas, y lo hace para que experimentemos el amor profundo que tiene por nosotros como hijos de Dios y como parte de Su Novia amada. La manifestación del Señor es nada menos que la morada del Padre y del Hijo en el corazón del creyente, fruto de la obra regeneradora del Espíritu Santo (Jn. 14:22-23 y 26), y es el Espíritu Santo quien derrama el amor de Dios en nuestros corazones (Ro. 5:5) y nos hace disfrutar el amor de Cristo. Todo esto indica que nuestra mayor preocupación, como creyentes, debe ser experimentar la llenura del Espíritu Santo. Nuestra experiencia del amor de Cristo está directamente relacionada con el ministerio del Espíritu Santo, quien nos hará saber y disfrutar las cosas que conciernen a Cristo: *"tomará de lo Mío, y os lo hará saber"* (Jn. 16:13-14).

El Espíritu Santo tiene muchas maneras de manifestar el amor del Señor en nuestras vidas: las múltiples bendiciones de la familia, el hogar y los amigos; la buena salud que disfrutamos y la fortaleza física que nos da; el uso de todas nuestras facultades; la prosperidad en asuntos materiales y espirituales; y la ausencia de calamidades y desastres naturales en nuestro entorno. No obstante, el creyente anhela mayores cosas que estas; desea experimentar una comunión

íntima, directa y personal con el Señor Jesús, que es una de las principales obras del Espíritu Santo en la vida de los hijos de Dios.

Cuando los hijos de Jacob le contaron que su hijo, José, aún vivía, y el patriarca vio los carros que llegaron de Egipto cargados de provisiones materiales (Gn. 45:21-27), la Biblia dice que *"su espíritu revivió"* y Jacob exclamó: *"Basta; José mi hijo vive todavía; iré, y le veré antes que yo muera"* (Gn. 45: 27.28). Si esa fue su reacción al recibir los bienes materiales que su hijo le envió, ¡con qué emoción lo habrá abrazado al reencontrarse con él personalmente en Egipto (Gn. 46:29-30)!

Es igual en nuestra relación con Dios. Valoramos los bienes materiales que Él nos da, pero lo que más debemos anhelar es disfrutar una comunión íntima con Él. A la heroína de esta parábola espiritual, no le interesaba los bienes materiales que Salomón le podría brindar; lo que ella anhelaba era que él la *"besara con besos de su boca"*. La forma en que lo expresa: *"¡Oh, si Él me besara con besos de Su boca!"*, da a entender que ya había disfrutado de esos besos y que deseaba sentirlos otra vez. Deseaba sentir el acercamiento de su novio; deseaba sentir la pasión que Salomón generaba en ella; disfrutaba mucho sentir la pasión que Salomón sentía por ella; deseaba un tiempo a solas con él, en la intimidad, para expresar y disfrutar el amor mutuo entre ellos. Todo esto y mucho más está incluido en la exclamación de la sulamita: *"¡Oh, si Él me besara con besos de Su boca!"*.

¿Qué es lo que más anhelamos del Señor? Seamos honestos al reflexionar sobre esta pregunta. Si nos damos cuenta de que valoramos más Sus bendiciones materiales que Su amor, pidámosle la gracia para desear cada día más una comunión íntima con Él. El Señor no quiere que le amemos por las cosas que Él nos da, sino por quién Él es. Él quiere expresarnos Su amor, y desea que anhelemos Su amor y que sintamos una pasión espiritual al contemplar la hermosura de nuestro Salvador. ¿Estamos dispuestos a buscarle en tal manera que el Espíritu genere en nosotros ardiente amor espiritual? Esta es la esencia de la vida cristiana, y lo que marca la diferencia entre tener una religiosidad y tener una relación personal con Cristo.

Cant. 1:2^a

Experimentando el amor de Cristo

"¡Oh, si Él me besara con besos de Su boca!"

Seguimos meditando sobre estas palabras, analizándolas ahora en mayor detalle para extraer el néctar de la Palabra de Dios. Lo primero que debemos considerar es el pronombre *"Él"*. En la parábola, se refiere al rey Salomón, a quien la sulamita admira y ama profundamente. Los besos que ella desea no son los de cualquier persona, sino del destacado hijo de David, el rey de Israel, un monarca de gran magnificencia y sabiduría. Al pensar en él, su corazón se agita, y espontáneamente expresa su deseo de sentir las expresiones físicas de su amor.

En la interpretación cristiana, el pronombre *"Él"* se refiere a alguien infinitamente más glorioso y sublime. Se trata del eterno Hijo de Dios, el Logos divino, el Rey de reyes y Señor de señores, el Soberano, que está sentado a la diestra del Padre, reinando sobre toda la creación, adorado por ángeles y arcángeles. El creyente (en forma particular) y la Iglesia (en forma colectiva) deben meditar sobre la grandeza

de su Salvador y sentir un profundo anhelo de disfrutar las manifestaciones espirituales de Su amor en un acercamiento íntimo con su Señor.

El segundo detalle que debemos considerar es el pronombre “*me*”, que en la parábola se refiere a la sulamita, una mujer humilde del campo; una dama muy consciente de sus propias limitaciones y la gran distancia sociocultural que había entre ella y Salomón. Sin embargo, a pesar de la distancia humana que los separaba, ella se atrevió a anhelar que el rey Salomón, en toda su gloria, se dignara acercarse a ella y besarla sobre los labios.

El atrevimiento espiritual del creyente es mayor cuando consideramos nuestra naturaleza pecaminosa y la enemistad natural que hay en nuestros corazones contra Cristo. La distancia entre la Iglesia y el Señor es infinitamente mayor que la distancia entre la sulamita y Salomón. Él es el Creador, nosotros Su creación; Él es espiritual, nosotros hechos del polvo de la tierra; Él es infinitamente grande, nosotros somos microscópicos ante Su presencia; Él es perfectamente santo, nosotros somos pecadores; Él es eterno, nosotros somos como la hierba del campo, que pronto se marchita y desaparece para siempre. ¡Qué osadía pedir al eterno Rey que nos besara con los besos de Su boca! Sin embargo, ese es el anhelo que el Espíritu Santo genera en los corazones de todos aquellos que han nacido de nuevo y que aman al Señor de todo corazón.

Es interesante observar que la sulamita no le pide a Salomón un solo beso, sino que usa la forma plural: “*besos*”; y no le pide un beso formal, como un simple saludo, sino “*besos de Su boca*”. De igual modo, la Iglesia no le pide al Señor una sola manifestación de Su amor, sino muchas; y tampoco quiere manifestaciones impersonales de Su amor, sino expresiones íntimas, llenas de amor y pasión espiritual. ¡Nada más la puede satisfacer ahora que ha experimentado Su amor! Los “besos” de este mundo o de las cosas de la carne ya no la atraen; lo que la Iglesia desea son “besos” espirituales, llenos de la fragancia del cielo.

Un último punto que debemos notar es la diferencia que hay entre besos y caricias. Caricias pueden ser disfrutadas y generan pasión, pero solo besos pueden ser correspondidos al mismo tiempo que son recibidos. La sulamita no deseaba solo sentir el amor de Salomón; lo que ella anhelaba era corresponder a ello. De igual modo, el creyente lleno del Espíritu Santo no se conforma con solo recibir “caricias” espirituales del Señor. Lo que desea es experimentar tales manifestaciones de Su amor que le permitirán corresponderlos, y así disfrutar plenamente el amor mutuo entre el creyente y Cristo. Por eso, cuando los hijos de Dios están en la presencia del Señor, no solo quieren hablar, sino también escuchar; y en la meditación sobre la Palabra de Dios, no solo quieren escuchar, sino responder a lo que Dios les dice. La relación entre Cristo y la Iglesia debe ser mutua para que sea realmente satisfactoria.

¿Hemos experimentado esta clase de manifestación íntima y profunda del amor del Señor? ¿Lo deseamos más que cualquier cosa que el mundo o la carne ofrecen? Busquemos la llenura del Espíritu Santo, para que por medio de Él podamos disfrutar una comunión íntima y apasionada con el Señor.

Cant. 1:2b

La excelencia del amor de Cristo

“...porque mejores son tus amores que el vino.”

Estas palabras explican por qué la Iglesia anhela disfrutar los besos de Cristo; es porque Su amor supera el mejor de los vinos. La palabra “*amores*” está en plural, dando a entender que la mujer no estaba pensando en el amor de Salomón como algo abstracto, sino como algo que se expresaba en formas concretas, por medio de caricias, halagos, abrazos y besos.

Al inicio de la vida cristiana, somos conscientes del gran amor del Señor expresado en Su muerte en la cruz y el perdón de nuestros pecados. Sin embargo, al pasar los años, debemos madurar en nuestra relación con el Señor, y al hacerlo comenzaremos a experimentar muchas otras manifestaciones de Su amor. En primer lugar, tendremos manifestaciones relacionadas con Su providencia divina, guiándonos y bendiciéndonos en todas las áreas de nuestra vida: dándonos trabajo, supliendo nuestras necesidades materiales, concediéndonos una pareja y familia, manteniendo nuestra salud y vigor físico, y protegiéndonos de accidentes y asaltos en los viajes. Además, día tras día experimentamos muchas manifestaciones espirituales del amor del Señor: las respuestas a nuestras oraciones, el alimento espiritual diario, los dones espirituales para el ministerio, el poder del Espíritu Santo para servir al Señor en la iglesia, el vigor espiritual para vencer toda clase de dificultades, la ayuda divina para resistir las tentaciones, momentos preciosos de sentir la presencia del Señor, y el gozo de adorarlo en los cultos. ¡La lista es casi infinita!

Como creyentes debemos disfrutar todas estas cosas y entender que son manifestaciones del amor del Señor. No obstante, si en algún momento nos falta algo que necesitamos o deseamos, lejos de quejarnos debemos conversar con el Señor y tratar de entender por qué no nos ha dado lo que nos hace falta. Podemos hacerlo con confianza, porque el Señor en Su amor ha prometido darnos siempre lo mejor y nunca quitarnos algo que sería para nuestro bien, como lo expresa el salmista: “*No quitará el bien a los que andan en integridad*” (Sal. 84:11).

Al meditar sobre todas las bendiciones materiales y espirituales que el Señor nos ha brindado, y al entender que son manifestaciones de Su amor, sentiremos un profundo gozo en nuestros corazones y nos daremos cuenta de que el amor de Cristo es muy precioso. Ese amor, en todas sus dimensiones y manifestaciones, contrarrestará los efectos nocivos del pecado en nuestras vidas y nos animará a seguir en la vida cristiana. Descubriremos que el amor de Cristo es de mayor valor que el dinero, la fama, los vicios o los placeres de la vida, porque las demás cosas que podemos amar siempre traen problemas. “El amor al dinero es la raíz de todos los males”, dice Pablo (1 Ti. 6:10). De igual modo, el amor a la fama genera celos y contiendas, destruyendo relaciones interpersonales. Los que aman los vicios y los placeres de la carne encuentran que ese amor los contamina, los empobrece, les hace actuar en formas vergonzosas, quebrantando su salud y generando muchas consecuencias negativas en sus vidas y en las vidas de los demás.

En cambio, el amor de Cristo transforma y renueva todo nuestro ser. El avaro se vuelve generoso, el orgulloso se vuelve humilde, el prepotente se vuelve tratable, el mentiroso se vuelve confiable, el rencoroso se vuelve perdonador y el ladrón se vuelve trabajador. Como afirma un comentarista, el amor de Cristo es el antídoto a la muerte espiritual y es el principio de la vida eterna. “Cuando la vejez encorva el cuerpo, debilita las extremidades y enfría la sangre, el amor de Cristo es tan poderoso y tan renovador, que mantiene el espíritu vigoroso, la mente activa, y el alma llena de pasión espiritual” (Burrowes). La primera carta de Juan lo confirma, porque, aunque el autor tenía unos noventa años cuando la escribió, su epístola está llena de pasión espiritual (1 Jn. 1:1-4; 3:1-3; 4:7-21).

¿Estamos disfrutando el amor de Cristo en nuestros corazones?
¿Es ese amor la fuente del vigor de nuestras almas y el manantial

de gozo en nuestro interior? De no ser así, debemos dedicar más tiempo a meditar sobre las bendiciones materiales y espirituales que Dios nos ha dado en Cristo, reconociendo que, como pecadores, no merecemos ninguna de estas bendiciones, y que es solo por Su gracia que no hemos sido juzgados por Dios, sino que seguimos con vida en este mundo.

Cant. 1:2b

Mejor que el vino

"...porque mejores son tus amores que el vino."

La sulamita compara las manifestaciones del amor de Salomón con el vino, y lo hace porque para los judíos el vino no era considerado algo peligroso, sino una bendición de Dios. Como afirma el salmista, el vino *"alegra el corazón del hombre"* (Sal. 104:15). Por eso los judíos daban gracias a Dios por el vino (Sal. 104:14-15) y enfatizaban sus aspectos positivos. Por ejemplo, en Proverbios 31:6, Salomón recomienda dar vino *"a los de amargado ánimo"*, con el fin, no solo de hacerles olvidar sus penas, sino de animar sus espíritus.

El mundo está lleno de personas amargadas y la mejor solución para este problema es el amor de Cristo. La mujer samaritana es un ejemplo de ello. Saliendo del pueblo a solas para recoger agua, en pleno calor del mediodía, aparentemente rechazada por la población y habiendo pasado por los brazos de cinco hombres, ella se encuentra con el Señor, y una sola conversación con Él fue suficiente para cambiar su vida. Emocionada, volvió al pueblo con las buenas noticias de haber conocido al Mesías, diciendo: *"Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo?"* (Jn. 4:29) ¿Qué clase de vino pudo haber tenido semejante efecto sobre una mujer amargada por las circunstancias de la vida? El amor que ella sintió de parte de Jesús, quien la ofreció vida eterna (Jn. 4:10-15), no solo impactó su vida, sino que afectó a todo el pueblo y cambió el destino eterno de muchas personas (Jn. 4:30, 39-41).

A lo largo de dos mil años, millones de personas han conocido a Cristo personalmente, como la mujer samaritana, y se volvieron testigos del amor del Señor, impactando la vida de familiares y amigos en tal manera que el evangelio se ha extendido por todo el mundo. Mientras el mundo sigue buscando divertirse en sus fiestas, tomando vino para alegrar sus espíritus decaídos y angustiados, el Espíritu Santo va derramando el amor de Cristo en muchos corazones, llenándolos de paz y gozo.

El amor de Cristo es mucho mejor que el vino por varias razones. En primer lugar, porque la alegría que trae no es un efecto artificial, sino natural, y por lo tanto es permanente. El efecto del vino dura unas horas, pero el impacto del amor de Cristo es eterno. Dirigiéndose a los fariseos, Jesús les dijo: *"yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia"* (Jn. 10:10; 17:3). Los verdaderos creyentes son personas que han sentido el amor de Cristo, y ese amor no solo satisface sus almas, sino que trae un profundo gozo a sus espíritus. Con razón la mujer en Cantares exclama: *"Porque mejores son tus amores que el vino"*.

En segundo lugar, el amor de Cristo es mejor que el vino, porque no cuesta nada y por consiguiente está disponible a todo ser humano. Hablando por medio del profeta Isaías, Dios exhortó al pueblo de Judá, diciendo: *"A todos los sedientos, Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche"* (Is. 55:1). El contexto indica que Dios estaba hablando del

evangelio y de la venida de Cristo, el Mesías, para establecer el nuevo pacto (Is. 55:3-4). El “vino” y la “leche” eran las mejores bebidas disponibles para los judíos, y por razones obvias costaban dinero; no obstante, Dios invita a todos a acercarse para beber libremente de alimentos que representan la gracia de Dios en Cristo, y a hacerlo sin costo alguno.

El ser humano está ‘sediento’ por el pecado y Cristo ofrece saciar esa sed espiritual eternamente (Jn. 7:37). Cada creyente ha experimentado eso, y la evidencia de ello es que anhela conocer cada vez más el amor de Cristo, porque Su amor no solo puede saciar nuestra sed espiritual, sino que también genera un deseo intenso por conocer más del amor del Señor. Por eso la mujer, que simboliza a la Iglesia, exclama: “¡Oh si él me besara con besos de Su boca! Porque mejores son sus amores que el vino”.

El mundo piensa que sabe lo que es entretenerse bien y disfrutar la vida, pero solo piensa eso porque nunca ha conocido el amor de Cristo. Una vez que el ser humano experimenta el profundo e intenso amor del Señor, tiene todo lo que hace falta en la vida y siente que con Cristo no necesita nada más. ¿Compartimos este sentimiento o será que las cosas del mundo y de la carne todavía llenan nuestras expectativas? Tomemos un tiempo para meditar sobre esta pregunta.

Cant. 1:2b Renovando la pasión espiritual

“...porque mejores son tus amores que el vino.”

Concluimos nuestra reflexión sobre estas palabras observando que tocan un tema de vital importancia para el creyente. Para muchos, la esencia del evangelio se encuentra en Juan 3:16, que dice: “*Porque de tal manera amo Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo Unigénito...*”. El apóstol Juan complementa estas palabras en su primera epístola, cuando escribe: “*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a Su Hijo...*” (1 Jn. 4:10).

Si el evangelio de Cristo se centra en el amor de Dios, entonces la esencia de nuestra respuesta al evangelio debe ser, no solo fe, sino un amor profundo a Dios y a Su Hijo, el Señor Jesucristo. Sin embargo, esto es lo que muchas veces falta en la Iglesia, y quizá especialmente en la vida de los pastores y líderes de nuestras congregaciones. Muchos de nosotros somos como Marta; estamos ocupados haciendo tantas cosas, entusiasmados por organizar eventos, retiros, campañas, y un sinnúmero de actividades. Pero la triste verdad es que tenemos poco entusiasmo por pasar tiempo a solas con Cristo. En otras palabras, no somos como María, quien escogió el mejor lugar y quedó sentada a los pies de Cristo. Marta quería hacer muchas cosas para el Señor; no obstante, María quería estar con Cristo, que era mucho mejor. Cuando la sulamita exclamó: “¡Oh, si él me besara con besos de su boca!”, añadiendo: “*Porque mejores son tus amores que el vino*”, ella no estaba expresando un anhelo de hacer muchas cosas a favor de Salomón, sino tan solo el deseo de disfrutar las dulces y estimulantes manifestaciones de su amor, sabiendo que dichas manifestaciones la harían temblar de pasión y gozo.

Una de las deficiencias de la Iglesia evangélica contemporánea es la falta de una verdadera pasión por Cristo – una pasión que se expresa en pasar mucho tiempo a

solas con Él, leyendo Su Palabra, conversando con Él, deleitándonos en Su presencia día tras día. Como lo expresa una canción popular cristiana:

“Quiero escuchar tu dulce voz
Rompiendo el silencio en mí ser
Sé que me haría estremecer
Me haría llorar o reír
Y caería rendido ante ti.

Y no podría estar ante ti
Escuchándote hablar
Sin llorar como un niño
Y pasaría el tiempo así
Sin querer nada más
Nada más que escucharte hablar.”

Cantamos de pasar tiempo con Dios, pero no lo hacemos; y cuando lo hacemos, sentimos desgano, cansancio y letargo espiritual. ¿Cuándo fue la última vez que escuchamos a un pastor dar testimonio de alguna experiencia profunda de comunión íntima con el Señor que lo movió a lágrimas, y que nos hizo pensar: “Aquí hay un hombre que conoce a Dios profundamente y lo ama de todo corazón”?

Esta falta de amor y pasión espiritual por el Señor – una pasión real, y no limitada a buenas intenciones y sentimientos, es algo que nos debe preocupar mucho como creyentes. En primer lugar, porque es lo que el Señor reclama a la iglesia en Éfeso: la pérdida del primer amor (Ap. 2:4); y, en segundo lugar, porque la falta de amor al Señor es una de las marcas de los últimos tiempos, como Cristo lo afirma en Mateo 24:12.

Quizá la pérdida del primer amor ha influenciado la manera en que muchos comentaristas interpretan Cantares. Incómodos con el desafío que este libro nos presenta de desarrollar una profunda pasión por Cristo, resulta más conveniente afirmar que el libro describe la pasión entre esposos. Esta interpretación nos conviene, porque podemos dedicarnos a mejorar nuestra relación matrimonial, sin sentirnos incómodos por nuestra falta de pasión espiritual por Cristo. No obstante, debemos reconocer que una de las mejores maneras de optimizar nuestros matrimonios es profundizando nuestra relación con el Señor, porque el que ama mucho a Cristo amará también a su conyugue. Por eso consideramos que es urgente redescubrir el verdadero sentido de este libro para que el mensaje de Cantares nos ayude a volver al primer amor, dejando a un lado algunas actividades secundarias para poder disfrutar más tiempo a solas con el Señor y aprender por experiencia propia la gran verdad que afirma el Espíritu Santo por medio de la sulamita: *“mejores son tus amores que el vino”*.

Tomemos un tiempo para meditar sobre cuánto tiempo realmente pasamos a solas con el Señor cada día y cuál es nuestra experiencia durante ese tiempo de comunión con el Señor. ¿Podemos decir con franqueza que el amor del Señor es lo más emocionante en nuestras vidas? Si no es así, pidamos al Señor que nos ayude a acercarnos más a Él, con el fin de experimentar nuevas manifestaciones de Su amor, a tal punto que llegue Él a ser la fuente de toda nuestra alegría espiritual.

“A más del olor de tus suaves ungüentos”

La Reina Valera traduce las primeras dos líneas del v. 3 como si tuviesen un solo pensamiento, enfatizando la belleza del carácter (“*nombre*”) de Salomón. No obstante, el texto en hebreo indica que cada línea de este versículo tiene un pensamiento particular. La primera línea describe la fragancia de los ungüentos de Salomón. La Biblia de las Américas traduce: “*Tus ungüentos tienen olor agradable*”; mientras que la Nueva Traducción Viviente lo pone como una exclamación: “*¡Qué fragante es tu perfume!*”.

En muchas culturas, las personas usan perfumes o ungüentos aromáticos como parte de su aseo personal, con el fin de evitar malos olores y para encomendarse a las personas que la rodean. Cuando dos personas se aman, no solo usan bastantes perfumes y lociones aromáticas, sino que llegan a asociar a su amado o amada con aquellas fragancias que usan con mayor frecuencia.

Salomón tuvo a su disposición los mejores perfumes de la época, y la sulamita evidentemente quedó impresionada con la fragancia de los ungüentos que él usaba. Cada vez que pasaban tiempo juntos, ella olía el aroma de sus perfumes, hasta que llegó a recordarlos y extrañarlos, porque los relacionaba con su persona.

En el caso de Salomón, los ungüentos eran externos; por ende, la fragancia que emanaba de su cuerpo también lo era. No era el olor natural de su cuerpo, que a veces llamamos ‘humor’, sino un olor artificial. En el idioma español, la palabra ‘humor’ generalmente se refiere a algo jocoso o gracioso; por ejemplo, hablamos del sentido de humor que alguien tiene. Sin embargo, según el diccionario, la palabra ‘humor’ significa “el líquido del cuerpo de un animal o de una planta”. Se trata de un líquido que tiene un olor característico, según la especie de planta o animal. En los seres humanos, cada persona tiene un aroma particular relacionado con su cuerpo. Estos aromas generalmente no son muy agradables y Salomón procuraba tapar el olor de su ‘humor’ natural usando diversos ungüentos artificiales, que le brindaban un aroma agradable y atrayente.

Partiendo del ‘humor’ físico que cada persona tiene, podemos hablar del ‘humor’ psicológico o anímico, que es la manifestación del carácter o la personalidad de cada individuo. Por culpa del pecado, nuestro ‘humor’ psicológico es fuerte y repugnante, a lo menos lo es para Dios. Cristo lo expresó de esta manera: “*Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Esas cosas son las que contaminan al hombre...*” (Mt. 15:19-20).

El ‘humor’ psicológico del alma es lo que hace que las personas sean desagradables y tengan caracteres poco atractivos. La única persona que se exceptúa de esta realidad es el Señor Jesús, porque Él es santo y sin pecado. En Su caso, los “*ungüentos*” representan el aroma natural y hermoso del conjunto de los atributos personales del Señor – Su paciencia, bondad, misericordia, benignidad, perseverancia y mansedumbre. Por eso, la fragancia de Cristo no es algo artificial y externo, como lo era en el caso de Salomón, sino el aroma que surge desde Su interior, desde lo profundo de Su alma eterna.

Por eso, cuando el creyente pasa tiempo en la presencia de Cristo, aprendiendo a conocerlo y a escuchar Su voz, poco a poco comienza a descubrir el ‘aroma’ que caracteriza la Persona del eterno Hijo de Dios. El creyente queda asombrado por la paciencia de Cristo, Su disposición de perdonar tantos pecados, Su deseo de seguir enseñándonos a pesar de nuestra lentitud por aprender, Su confianza en nosotros a pesar de haberlo fallado muchas veces, etc. Todas estas cosas conforman la

hermosa fragancia del corazón de Cristo, y la Iglesia ama al Señor por ello y se deleita en pasar tiempo en Su presencia. No hay nada más agradable para el alma del creyente que estar en comunión íntima con el Señor. Por eso busca Su presencia constantemente, y una vez que está delante de Él, no quiere retirarse, porque el tiempo que pasa con el Señor es demasiado corto, por el deleite que siente al percibir la 'fragancia' de Su personalidad que fluye de Su interior.

Nos haría bien hacer una lista de los atributos del Señor, comenzando con los frutos del Espíritu Santo y complementándolos con datos extraídos de los Evangelios, para comenzar a elaborar un perfil psicológico del Señor. Luego pidamos al Espíritu Santo que nos ayude a deleitarnos en esas cualidades, meditando sobre ellas día a día hasta que se vuelvan parte de nuestra experiencia de estar en la presencia del Señor.

Cnt. 1:3ª Rey, Sacerdote y Profeta

"A más del olor de tus suaves ungüentos"

Por tan caros y exquisitos que eran los ungüentos de Salomón, al fin y al cabo, eran solo ungüentos naturales, que cualquier persona podía usar. El ungüento con el cual fue ungido rey de Israel indudablemente fue especial, pero no fue el ungüento de la santa unción (Ex. 30:22-33), porque ese ungüento estaba reservado para los sacerdotes.

El Señor Jesús fue mayor que Salomón, porque además de ser Rey, fue Sacerdote y Profeta, y por lo tanto gozó de una triple unción – una para cada cargo que desempeñó. La primera unción que el Señor recibió fue para ser profeta. Leemos de ello en el libro de Isaías: *"El Espíritu de Jehová está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos..."* (Is. 61:1). En Lucas 4:16-21, el Señor fue a la sinagoga en Nazaret, leyó el pasaje de Isaías 61 y lo aplicó a Sí mismo. A partir de ese momento, desempeñó un ministerio profético ungido por Dios y marcado por ciertos 'aromas' espirituales. El 'suave ungüento' profético incluyó las fragancias de la verdad, autoridad espiritual, sabiduría, discernimiento y revelación. Por medio de la enseñanza de Cristo, el Espíritu Santo esparció el rico conocimiento de Dios y de Su Palabra, con el fin de que los pecadores conozcan a Dios y el mensaje de salvación. Con razón la gente lo seguía, deseosa de escucharle hablar (Mt. 4:23-25). A lo largo de los siglos, la Iglesia ha valorado los *"suaves ungüentos"* de la enseñanza del Señor, y por eso se ha dedicado a estudiar la Biblia y a escuchar la predicación de la Palabra de Dios.

La segunda unción que el Señor gozó fue la sacerdotal. Los magos del oriente anticiparon esta unción cuando ofrecieron al Señor sus presentes, que incluyeron incienso y mirra (Mt. 2:11). La mirra era uno de los ingredientes de la unción santa (Ex. 30:23), y el incienso representaba la adoración que los sacerdotes ofrecían a Dios cada mañana y tarde. María, la hermana de Lázaro, simbolizó la unción sacerdotal cuando derramó un frasco de alabastro sobre el Señor, alistándolo anticipadamente para Su sepultura, como el Cordero de Dios (Jn. 12:1-8).

La unción del Señor como nuestro Sumo Sacerdote tenía ciertas fragancias muy particulares, como la mansedumbre ante el maltrato de los hombres, el sometimiento a la voluntad de Dios, la obediencia hasta la muerte y el sacrificio en la cruz. Cada uno de estos aromas espirituales impactan al creyente y lo llevan a amar a Cristo de todo corazón. La forma tan humilde que Cristo fue a la cruz, como

un cordero al matadero, sin levantar una voz de protesta, nos desafía a aprender a someternos a la voluntad de Dios por el poder del Espíritu Santo. De igual modo, la disposición de tomar la cruz e ir al Calvario, ejemplifica una vida ofrecida en sacrificio a Dios por el bien de otros.

Nos hace falta la unción del Espíritu Santo para poder seguir el ejemplo de Cristo y ofrecer nuestras vidas en un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (Ro. 12:1). También nos hace falta esos "*suaves ungüentos*" para poder servir a Dios como Sus sacerdotes en el santuario, ofreciendo nuestras alabanzas y acciones de gracias delante del Señor, cada día y especialmente en los dominicales.

La tercera unción que el Señor goza es la que tiene por ser el Rey del universo. Por supuesto, como el unigénito Hijo de Dios, Él fue Rey sobre toda la creación desde el inicio del universo. No obstante, a partir de Su exaltación a la diestra del Padre, y Su coronación como Rey de reyes y Señor de señores, Cristo comenzó una nueva etapa de Su reinado universal. Ahora, sentado a la diestra de Dios, Él ejerce autoridad sobre toda la creación, bajo la inspiración del Espíritu Santo. Los "*suaves ungüentos*" relacionados con Su exaltación a la diestra de Dios hacen que Cristo tenga "*un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla... y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre*" (Fil. 2:9-11).

La fragancia de Su unción como el Rey eterno incluyen los aromas de omnipotencia, majestuosidad, autoridad, soberanía, dominio, gloria y honra. Estos perfumes impactan y emocionan a Su Esposa, la Iglesia, y lo harán por toda la eternidad. Si la sulamita pudo hablar de los "*suaves ungüentos*" de Salomón, el creyente tiene mayor razón por alegrarse de los aromas multifacéticos que emanan de la Persona de Cristo, como nuestro Profeta, Sacerdote y Rey.

Tomemos un tiempo ahora para meditar sobre todos los perfumes que están relacionados con la Persona y obra de Cristo. Pidamos al Espíritu Santo que nos ayude a percibirlos con nuestro olfato espiritual, para que podamos decir con el salmista: "*Dulce será mi meditación en Él*" (Sal.104:34)

Cnt. 1:3b

El nombre de Cristo

"Tu nombre es como ungüento derramado"

En el idioma original hay un juego de palabras que no se nota en el español, pero que es importante tomar en cuenta: "*Tu nombre ('shem') es como ungüento ('shemen') derramado*". La sulamita quedó impactada por la fragancia de los perfumes que Salomón usaba (v.3a), y eso la llevó a expresar admiración por la 'fragancia' de su nombre (v.3b); es decir, de su carácter y temperamento, porque en la cultura hebrea el nombre de alguien representaba la suma de sus atributos.

El nombre "Salomón" significa 'paz' ('shalom'), y cuando la sulamita estaba en la presencia de su amado, eso era lo que ella sentía – una tremenda paz y tranquilidad, que deleitaba su alma. Por eso exclama, con palabras llenas de amor y admiración: "*Tu nombre es como ungüento derramado*". Si alguien derrama un buen ungüento, la fragancia se esparce por todos lados, como leemos en Juan 12:3, cuando María "*tomó una libra de perfume de nardo puro... y ungió los pies de Jesús... y la casa se llenó del olor del perfume*".

La ley de Moisés estipuló la confección de un aceite muy especial que se usaría para ungir el tabernáculo y todos los elementos relacionados con el culto a Dios, incluyendo los sacerdotes (Ex. 30:22-31). El aceite tenía que ser elaborado usando “*especies finas*”, como mirra, canela aromática, cáalamo y casia, y sería un “*superior ungüento*” (Ex. 30:23-25). Por consiguiente, cuando este aceite fue derramado, llenó el tabernáculo de una fragancia hermosa.

En el Antiguo Testamento, el aceite representa el Espíritu Santo, y en la encarnación de Cristo, cuando Él habitó en este mundo en un ‘tabernáculo’ de polvo (ver Jn. 1:14⁵), el Espíritu Santo le llenó en una manera única y especial (ver Is. 61:1 y Jn. 3:34), y de ese modo, toda la fragancia de la tercera Persona de la Trinidad se dejó notar en Él⁶. Lo que fue cierto de Salomón, aunque en forma restringida y temporal, se cumplió perfectamente en Aquel de quién el hijo de David era solo una sombra. Por eso la Novia de Cristo exclama con mayor razón: “*Tu nombre es como ungüento derramado*”. Toda la naturaleza de Cristo, permeada por la llenura del Espíritu Santo, emite una fragancia tan exquisita, que asombra a los que se acercan a Él y perciben Su verdadera naturaleza. Por eso Juan exclamó, en el contexto de hablar de la encarnación del Verbo, diciendo: “*y vimos Su gloria, gloria como la del Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad*” (Jn. 1:14).

Citando el Salmo 45, que describe a Cristo como “*el más hermoso de los hijos de los hombres*” (Sal. 45:2), el autor de Hebreos afirma: “*Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros*” (Heb. 1:9; ver Sal. 45:7). Esta es una parte importante de la fragancia del nombre de Cristo, y dicha fragancia llena el corazón de los hijos de Dios de una gran alegría espiritual. Si la sulamita se alegraba intensamente cuando estaba en la presencia de Salomón, con mayor razón el creyente se alegra al estar en la presencia de Cristo. En esa comunión íntima con Él, el hijo de Dios se percata de todas las cualidades hermosas que tiene el Señor, y se deleita en ellas, sintiendo que son como un ungüento derramado, que lo dejan impactado y conmovido espiritualmente.

Si queremos disfrutar una experiencia así, es importante recordar todos los nombres y títulos de Cristo, porque cada uno de ellos tienen una fragancia especial que deleita nuestras almas y nos llena de alegría espiritual. Nombres como “Jesús”, “Cristo”, “Emanuel” (Mt. 1:21, 23), “Salvador”, “Redentor”, “Alfa y Omega” (Ap. 1:8), “Admirable”, “Consejero”, “Dios fuerte”, “Padre eterno” y “Príncipe de paz” (Is. 9:6). Por toda la eternidad, estos y otros nombres de Cristo serán como “*ungüento derramado*”, y llenarán la Nueva Creación, deleitando el corazón de la Novia que estará en Su presencia, disfrutando una comunión íntima y perfecta con Él para siempre (Ap. 21:2-4). Con razón, la Iglesia, anticipando esta realidad, exclama con la pasión de una mujer que admira a su novio y anhela unirse a él, diciendo: “*Amén; sí ven, Señor Jesús*” (Ap. 22:20).

Tomemos un momento ahora para reflexionar sobre algunos nombres de Cristo y pidamos al Espíritu Santo que derrame en nuestros corazones la fragancia del Señor, llenándonos de gozo espiritual. Luego salgamos a nuestros quehaceres diarios, llevando esta fragancia al mundo que no conoce al Señor, para que puedan percibir algo de Su hermosura por medio de nosotros.

⁵ En el texto original, el verbo “*habitó*”, significa ‘acampó’, y algunos inventan una palabra para traducir: ‘tabernaculó’.

⁶ “Jesús fue ungido con el Espíritu Santo como si fuese un océano ilimitado de perfume líquido” (Burrowes).

"Tu nombre es como ungüento derramado"

"Puesto que Cristo es el eterno Hijo de Dios, Él ha heredado un nombre que es superior al de los ángeles (Heb. 1:4). Exhibir las maravillas de Su nombre sería como derramar el aceite de la unción, porque llenaría nuestras mentes y corazones de una fragancia exquisita. El tabernáculo terrenal era una copia o una 'sombra' del tabernáculo celestial (Heb. 9:11, 23-24); por lo tanto, cada elemento del tabernáculo en el desierto tenía una contraparte celestial; es decir, su verdadero significado. El aceite de la unción que se usaba en el tabernáculo era una sombra del "aceite superior" del tabernáculo celestial, que representaba la naturaleza divina de Cristo (ver Ex. 30:25). Cuando Él dejó los "*palacios de marfil*" para descender a la Tierra, cada elemento de su vestidura humana olía a mirra, áloe y casia (Sal. 45:8), porque Dios el Padre lo ungió con el óleo de alegría más que a Sus compañeros (Sal. 45:7). El propósito de conceder a Su naturaleza humana una mayor porción del ungüento del Espíritu Santo fue para que el óleo de alegría se esparciera entre los hombres. No había otra manera de enviarlo del cielo sino a través de la naturaleza humana de Jesucristo. Hasta el momento de la encarnación, la insignia de Dios frente a los pecadores era el fuego consumidor de Su ira, manifestada en la forma de una espada que guardaba el camino al árbol de la vida, o la nube y los relámpagos que el pueblo de Israel vio en el monte Sinaí.

Hay un tremendo contraste entre el fuego que ardía sobre el monte Sinaí, que alcanzaba hasta los cielos (Dt. 4:11), y el aceite derramado en el santuario, que esparcía una hermosa fragancia bajo la nube de la presencia divina que se manifestaba en el Lugar Santísimo, entre los querubines. El fuego de la ira de Dios consumía todo lo que estaba en su camino, y generaba un temor terrible por los relámpagos y truenos que emanaban de la presencia de Dios, a tal manera que, si cualquier hombre o animal tocaba el monte, moriría irremediamente. No obstante, en el santuario, el aceite derramado generaba una fragancia agradable, y tenía el poder para sanar, perdonar y tranquilizar al pecador, porque demostraba la hermosura de un Dios reconciliado, gracias a la obra de Cristo.

Tal como la mujer rompió el frasco de alabastro y derramó el ungüento sobre la cabeza de Cristo, llenando toda la casa con un aroma agradable, así el cuerpo de Cristo fue quebrantado en la cruz, permitiendo la manifestación de la fragancia de Su naturaleza divina, marcada por el grato olor de gracia, misericordia, amor, perdón, justificación y santificación. A lo largo del Antiguo Testamento el nombre de Cristo fue derramado en muchas maneras, por medio de las profecías, los tipos, las sombras y los símbolos; pero la verdadera manifestación de Su fragancia solo fue posible por medio de Su cuerpo quebrantado en la cruz. La crucifixión fue la manera en que Su cuerpo fue partido, soltando así toda la fragancia que radicaba en Su naturaleza divina. De esta manera, Su nombre fue derramado como ungüento y comenzó a extenderse por todo el mundo, trayendo paz y gozo a aquellos que por la gracia de Dios fueron capaces de oler la fragancia latente en la naturaleza de Cristo.

En la actualidad, Su nombre es derramado como ungüento cuando el Espíritu Santo llena nuestras mentes y corazones. La verdad del evangelio y la predicación de la Palabra cumplen un papel importante en este proceso, porque los siervos de Dios son ministros por medio de los cuales Dios "*manifiesta en todo lugar el olor de Su*

⁷ Esta sección fue traducida del comentario de Burrowes sobre Cantares 1:3.

conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden" (2 Co. 2:14-15). De parte de Cristo, como la Cabeza de la Iglesia, el Espíritu es enviado a cada miembro, y al ser derramado sobre los pecadores, viene a ser un grato olor en cada caso de arrepentimiento, prueba, aflicción, tentación, enfermedad y muerte. Hay algo muy dulce y refrescante en el nombre de Jesús para el creyente, y cuando comenzamos a meditar sobre uno de Sus atributos, el alma se llena de paz y gozo espiritual, porque percibe la rica fragancia de Su Persona".

Todos quisiéramos que Dios derrame por medio de nosotros las ricas fragancias de Cristo, pero ¿estamos dispuestos a ser quebrantados sobre una cruz? Si esa fue la manera en que la fragancia de Cristo se manifestó en la Tierra, ¿no estamos dispuestos a seguir Sus pisadas?

Cnt. 1:3c

La importancia de la santidad

"Por eso las doncellas te aman"

Para los que toman este libro literalmente, como un manual de amor entre esposos, la tercera línea del v. 3 representa un desafío interpretativo, porque es muy difícil pensar que la sulamita estaría celebrando el hecho de que otras mujeres también amaban a Salomón. Sin embargo, eso es exactamente lo que ella está haciendo, al afirmar que el amor que la "doncellas" tenían por Salomón era plenamente justificado por la hermosura de sus atributos. Aquí no hay evidencia alguna de celo o de incomodidad, que es lo que esperaríamos percibir si fuese un poema de amor entre Salomón y la sulamita, porque ninguna mujer quiere que otras mujeres se interesen en su amado, menos que lo amen.

Esa dificultad desaparece cuando entendemos que Cantares es una parábola que habla del amor entre Dios y Su pueblo. Dentro de este marco interpretativo, las "doncellas" o 'vírgenes', que es lo que la palabra en hebreo significa, señalan los puros de corazón. Es probable que estas vírgenes sean las mismas que son mencionadas en el Salmo 45.

*"Con vestidos bordados será llevada al rey;
Vírgenes irán en pos de ella,
Compañeras tuyas serán traídas a ti.
Serán traídas con alegría y gozo;
Entrarán en el palacio del rey."*

Salmo 45:14-15

Algunos comentaristas afirman que estas doncellas son los creyentes que se han guardado del mundo y aman al Señor apasionadamente, tal como leemos en Apocalipsis: "Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes... siguen al Cordero por dondequiera que va" (Ap. 14:4). Dicha interpretación se basa sobre lo que David dice en 1 Samuel 21:5, cuando declaró que sus soldados tenían la costumbre de abstenerse de relaciones sexuales cuando estaban cumpliendo tareas sagradas. Eso no quiere decir que tener relaciones sexuales sea un pecado, sino que cuando se trata de asuntos espirituales, el servicio a Dios toma prioridad sobre las relaciones sexuales (ver 1 Co. 7:5). Por eso Pablo aconsejó a los solteros en Corinto a no casarse para poder dedicarse al

servicio de Dios (1 Co. 7:25-35). En una ciudad como Corinto, eso sería un gran desafío y no todos estaban llamados a hacerlo (1 Co. 7:7-9); no obstante, qué mejor manera de mostrar al mundo la excelencia del Señor, que dedicarse íntegramente a Su servicio y abstenerse de cosas legítimas como el matrimonio, con el fin de testificar de un amor superior que ha conquistado nuestro corazón.

Una de las fragancias de Cristo es Su santidad. Aun viviendo entre los seres humanos, rodeado de mucho pecado y siendo asaltado constantemente por las tentaciones de Satanás, Cristo pudo decir: *"¿Quién de vosotros Me redarguye de pecado?"* (Jn. 8:46). Los que aman a Dios valoran la belleza de la santidad (Sal. 29:2), anhelan vivir en pureza espiritual, y aman al Señor por Su justicia perfecta. Por eso Juan afirma: *"todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica, así como Él es puro"* (1 Jn. 3:3). Con razón la sulamita exclamó: *"Por eso las doncellas te aman"*.

Por supuesto, la reacción del mundo es muy diferente. Los que no aman a Dios, odian al Hijo de Dios y no quieren acercarse a Él porque no quieren que sus pecados sean expuestos a la luz. "Por eso el mundo está bajo condenación", dijo Juan, porque *"los hombres amaron más las tinieblas que la luz"* (Jn. 3:19). Cristo vino a la Tierra como la luz del mundo, pero los hombres no lo amaron porque odiaban la santidad.

Aquí tenemos una manera de evaluar nuestra verdadera condición espiritual delante de Dios. Si amamos apasionadamente al Señor probablemente sea porque estamos viviendo en santidad y valoramos mucho la santidad del Señor; no obstante, si no amamos al Señor, si no sentimos nada de pasión espiritual, será porque estamos cediendo al pecado y a la carne en nuestras vidas, y esta forma de vivir no nos permite sentir una fuerte pasión por Aquel que irradia el aroma de la santidad.

Cnt. 1:3c

La iglesia virgen

"Por eso las doncellas te aman"

Escribiendo a los corintios, Pablo describe a la Iglesia como "una virgen pura", y afirma que una de las metas de su ministerio apostólico era prepararla para el día de su matrimonio con Cristo (2 Co. 11:2). Lo que la Iglesia es en su totalidad, cada miembro también lo es, indicando que nuestra responsabilidad, como parte de la Novia de Cristo, es conservarnos puros, apartados del mundo y de la carne.

La parábola de las Diez Vírgenes tiene varias cosas importantes que enseñarnos acerca de la vida cristiana (Mt. 25:1-13). En primer lugar, nos advierte del peligro del letargo espiritual, porque en esta parábola, al demorarse el esposo, todas las mujeres quedaron dormidas, no solo las cinco insensatas (Mt. 25:5). Aunque Cristo nos exhorta a velar y orar, porque no sabemos en qué momento Él volverá, la triste realidad es que muchos creyentes sufren de un terrible letargo espiritual, y están medio dormidos en la vida cristiana. Salomón trata este asunto en más detalle en Cantares 5:2-7, cuando presenta a la sulamita en la cama, dormitando, en el momento en que él llega a verla. La frase clave es: "Yo dormía, pero mi corazón velaba" (Cnt. 5:2). En términos teológicos, eso significa que la sulamita representa al verdadero creyente, cuyo corazón ha sido regenerado por el Espíritu Santo. No

está muerto en sus delitos y pecados, como Pablo lo expresa en Efesios 2:1; sin embargo, está dormitando espiritualmente, y no tiene ganas de levantarse para tener comunión con el Señor. Es triste reconocer que hay muchos creyentes así en las iglesias: hijos de Dios que no tienen tiempo, o que no dedican el tiempo necesario, para desarrollar una vida de comunión íntima con el Señor.

Esto nos lleva a una segunda advertencia, y es el peligro de perder el primer amor. Cuando las cinco vírgenes prudentes escucharon la noticia de que el novio iba a venir, se emocionaron y se prepararon para recibirlo. Sin embargo, al pasar los días, su emoción empezó a menguar, y cuando llegó la media noche, se quedaron dormidas, juntamente con las insensatas. Esto representa el peligro para el creyente de perder su primer amor, su pasión espiritual. La experiencia de Pedro en el huerto de Getsemaní es un claro ejemplo de este peligro. Antes de la muerte de Cristo, Simón Pedro pasó tres años con el Señor y pensó que lo amaba mucho. No obstante, cuando el Señor le pidió que velara y orara, Pedro se quedó dormido porque le faltó ese amor apasionado por el Señor Jesús que lo hubiera ayudado a mantenerse despierto. Por eso, cuando el Señor lo restauró, la pregunta fundamental que le hizo fue la siguiente: "Pedro, ¿me amas?" (Jn. 21:15-17).

Una tercera lección de la parábola de las Diez Vírgenes es que no todos en la Iglesia han nacido de nuevo. En la parábola, cuando por fin llegó el novio, las diez mujeres se levantaron, pero cinco no pudieron acercarse a la casa donde estaba el novio, porque les faltaba aceite para sus lámparas (Mt. 25:3). Las lámparas representan nuestra profesión de fe. Estas cinco vírgenes eran judías y estaban esperando al Mesías; como tal, ilustran a las personas que van a la iglesia y profesan fe en el Señor. No obstante, las cinco mujeres insensatas no tenían aceite para las lámparas, y eso simboliza la falta del Espíritu Santo en nuestras vidas, que es lo único que puede dar brillo a las 'lámparas' de nuestra profesión de fe, para que sean eficaces. Cuando por fin llegaron a la casa donde estaba el novio y tocaron a la puerta pidiendo entrada, la respuesta clara y contundente fue: "De cierto os digo, que no os conozco" (Mt. 25:11-12). ¡El novio las desconoció por completo! Ellas querían estar en las bodas, pero era demasiado tarde, porque el único tiempo que tenemos para conocer al Señor y experimentar una verdadera conversión es mientras estamos en la Tierra. Después de la muerte, o cuando venga el Señor, será demasiado tarde para buscar la salvación.

Un verdadero creyente es una persona que es "virgen", en términos espirituales – seamos varones o mujeres; y la marca de una virgen es que se guarda para el matrimonio. Sin embargo, no es suficiente ser "vírgenes", hay que también amar al Señor de todo corazón y estar ansiosos por Su venida y el día de las Bodas del Cordero. El Señor Jesús es el glorioso Novio, lleno de autoridad y majestad. Su nombre es como ungüento derramado; por eso las doncellas lo aman. Evaluemos nuestras vidas a la luz de las realidades que acabamos de estudiar, y pidamos al Señor que nos ayude a estar preparados para el día de la consumación de los tiempos.

Cnt. 1:3c

Cultivando el amor por Cristo

"Por eso las doncellas te aman"

A pesar de que el Señor es *"el más hermoso de los hijos de los hombres"* (Sal.45:2), el *"Señalado entre diez mil"* (Cant. 5:16) y *"codiciable"* (Cant. 5:16), la

verdad es que no todos aman a Cristo. Como el texto indica, solo lo hacen "*las doncellas*", y eso nos lleva a plantear dos preguntas: "¿Qué se requiere para amar al Señor?" y "¿Cómo podemos cultivar este amor?".

La respuesta a la primera pregunta es que tenemos que recibir este amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo, porque por naturaleza nadie ama al Señor, puesto que Él es 'luz' y nosotros somos 'tinieblas'. Aunque no nos guste reconocerlo, la verdad es que nuestra pecaminosidad nos ciega y no nos permite ver la hermosura de Cristo. Por eso, cuando Cristo vino a este mundo, fue rechazado, tal como lo expresa Juan: "*En el mundo estaba, y el mundo por Él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo Suyo vino, y los Suyos no le recibieron*" (Jn. 1:10-11). El apóstol Pablo explica este rechazo de la siguiente manera: "*el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios*" (2 Co. 4:4). Tal como lo predijo el profeta Isaías, la reacción del pueblo de Israel hacia Cristo fue la siguiente: "*no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres...*" (Is. 53:2-3a). Según Pablo e Isaías, Cristo fue rechazado por una deficiencia en la visión espiritual; sin embargo, para la sulamita, se trataba de un problema del olfato. Si Su nombre "*es como ungüento derramado*", ¿cómo no pueden todos sentir el aroma placentero de Su presencia y quedar impresionados con la fragancia exquisita de la naturaleza de Cristo?

La respuesta es que la única manera de contrarrestar esta tendencia nociva del pecado es experimentando la gracia de Dios, que nos regenera y nos permite valorar la belleza del Señor. Como lo expresa el apóstol Pablo: "*Dios... es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*" (2 Co. 4:6). Solo el poder del Dios omnipotente puede anular el impacto del pecado y abrir nuestras mentes y corazones para ver la gloria de Cristo y llegar a amarlo profundamente.

Aunque es imprescindible experimentar la gracia de Dios para poder amar al Señor, no debemos adoptar una actitud pasiva, esperando que Dios haga toda la obra necesaria; tenemos que poner de nuestra parte para cultivar este amor y hacer que crezca cada día. Lo hacemos en dos maneras principales. En primer lugar, tenemos que sacar de nuestro corazón cualquier otro amor que se oponga al amor a Cristo. Por eso Juan exhortó a los creyentes del primer siglo, diciendo: "*No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él*" (1 Jn. 2:15). El Señor estableció el mismo principio cuando exhortó a Sus oyentes, con las siguientes palabras: "*Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas*" (Mt. 6:24). Por eso el creyente debe aprender a crucificar la carne, porque si no lo hace, el amor por las cosas de la carne atenuará su amor por Cristo. Es precisamente esta disposición de alejarse de las cosas del mundo y de la carne, que está implícito en la palabra "*doncellas*" o 'vírgenes', y eso explica por qué solo esta clase de persona puede amar al Señor.

En segundo lugar, cada hijo de Dios debe procurar alimentar su amor por Cristo, por medio de la comunión íntima con Él. El creyente que no lee la Biblia todos los días, que no pasa tiempo a solas con el Señor en oración, y que no atiende regularmente a los cultos dominicales para adorar al Señor con sus hermanos en la fe, difícilmente va a crecer en su amor por Cristo. Por medio de estas tres actividades fundamentales, el creyente aprende a conocer más al Señor y comienza a entender por qué Su "*nombre es como ungüento derramado*". No solo lo entenderá, sino que comenzará a percibirlo por sí mismo, hasta tal punto que se

enamora más y más del Señor, valorando cada aspecto de Su majestad, poder, autoridad y las demás excelencias que tiene.

Si somos creyentes, ¿qué estamos haciendo para crecer en nuestro amor por el Señor? ¿Hay algo en nuestras vidas que está estorbando el amor por Cristo? ¿Qué vamos a hacer al respecto?

Cnt. 1:4^a

La atracción espiritual de Cristo

"Atráeme..."

En el v. 2, la sulamita expresó un deseo: *"¡Oh, si él me besara con besos de su boca!"*. Ahora, en el v. 4, ella expresa un pedido: *"Atráeme"*. El pedido está dirigido a Salomón, y lo que la sulamita está pidiendo es que él haga o diga algo para atraerla, con el fin de cautivar más su corazón.

En el idioma original el verbo es **'mashak'**, que tiene dos acepciones. A veces tiene el sentido de 'jalar' físicamente. Por ejemplo, en Génesis 37:28 se usa para la acción de sacar a José del pozo para venderlo a los madianitas, y en Éxodo 12:21, se usa para sacar un cordero del rebaño para sacrificarlo. No obstante, en otros pasajes, el verbo **'mashak'** tiene un sentido más psicológico que físico, en el cual el movimiento de algo o de alguien es provocado por un impulso interno sobre la mente o el corazón. Por ejemplo, en Jueces 4:7 Dios le dice a Barac: *"y Yo atraeré hacia ti al arroyo de Cisón a Sísara, capitán del ejército de Jabín"*. Es en ese sentido que la sulamita usa el verbo aquí. Hay varones que usan su fuerza física para dominar a la mujer, pero lo que la sulamita está pidiendo es que Salomón haga uso de sus encantos para incentivarla a estar cerca de él: *"Atráeme"*.

Es interesante notar que Dios usa este verbo dos veces para describir Su trato con Israel. En primer lugar, en Oseas 11:4, Dios hace recordar a los hijos de Israel el momento en que los sacó de Egipto y los atrajo hacia Él: *"Con cuerdas humanas los atraje ('mashak'), con cuerdas de amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo sobre su cerviz, y puse delante de ellos comida"*. Jehová, con el fin de atraer a los hijos de Israel hacia Él para entrar en un pacto con ellos, los liberó de Egipto y suplió sus necesidades en el desierto. Lamentablemente, como el libro de Oseas lo demuestra, Israel no respondió bien a los esfuerzos de Dios, y se apartó de Jehová. De esa manera, tal como Gomer fue infiel a su esposo (Oseas), los hijos de Israel fueron infiel a Dios, a pesar de todo lo que Él hizo para enamorarlos espiritualmente.

Por medio de Jeremías, el Señor advirtió a Su pueblo del juicio que vendría por su infidelidad espiritual. No obstante, a través del mismo profeta, Dios anunció la restauración espiritual de Judá, expresándolo de la siguiente manera: *"Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué Mi misericordia. Aún te edificaré. Y serás edificada, oh virgen de Israel; todavía serás adornada..."* (Jer. 31:3-4). Las palabras: *"te prolongué"*, son la traducción del verbo **'mashak'**; por eso, la Biblia de las Américas traduce el texto: *"Con amor eterno te he amado, por eso te he atraído con misericordia"*. Aunque la profecía de Jeremías tiene referencia al retorno del pueblo de Judá del exilio en Babilonia, también alude a la promesa del Nuevo Pacto que Dios establecería por medio del Mesías con miras a la salvación de las naciones. Esa promesa consiste en atraer a los pecadores al Señor Jesús, para contemplar Su belleza y hallar la salvación en Él. Por eso el Señor dijo a la multitud

en Jerusalén: "Y Yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a Mí mismo" (Jn. 12:32). Esa 'atracción' espiritual comenzó el día de Pentecostés, cuando por medio de la prédica de Pedro, el Señor atrajo a Sí mismo a tres mil personas, marcando así el inicio de la Iglesia cristiana.

El análisis de estos pasajes bíblicos nos lleva a una conclusión muy clara: cuando la sulamita le pide a Salomón: "Atráeme", está pidiendo precisamente lo que el Señor desea hacer en nuestras vidas por medio del Espíritu Santo. Los Evangelios están repletos de ejemplos de esta atracción divina. En Juan 1:35-41 leemos del primer encuentro entre algunos seguidores de Juan el Bautista y el Señor Jesús. En ese momento, ante el testimonio de Juan, algunos de sus discípulos se acercaron a Cristo, y le preguntaron: "Maestro, ¿dónde moras?" (Jn. 1:38). Su respuesta fue: "Venid y ved" (v.39); o como dice el texto original: "Venid y verán". Ellos pasaron esa tarde con el Señor, y para el día siguiente el impacto de la atracción de Cristo fue tal que uno de ellos dijo a su hermano, Pedro: "Hemos hallado al Mesías" (Jn. 1:41).

Tomemos un tiempo para meditar sobre la manera en que el Señor nos atrajo hacia Él espiritualmente. ¿Qué cosas usó el Señor para hacerlo y cómo respondimos a esa atracción espiritual? Demos gracias a Dios por las diversas maneras en que Él nos sigue atrayendo, para que le conozcamos más y más.

Cnt. 1:4ª

"Hazme amarte más"

"Atráeme..."

El libro de Cantares indica que la sulamita estaba muy enamorada de Salomón; no obstante, aquí le suplica que la atraiga y conquiste más y más su corazón. ¿Por qué le pidió esto? La respuesta sería que anhelaba amarlo más, porque consideraba que Salomón era tan maravilloso que merecía ser amado en forma absoluta, sin límites. Es más, quizá ella sentía que la ausencia de Salomón había enfriado en algo su pasión por él, y lo que ella deseaba era que su presencia renovara su pasión, porque el deleite de su alma era amarlo lo más que fuera posible.

Todas las cosas que afirmamos de la sulamita son ciertas también del creyente. En primer lugar, cada hijo de Dios siente el deseo de amar a Cristo con mayor intensidad. El apóstol Pablo lo expresó de esta manera: "No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús" (Fil. 3:12). Él ya conocía a Cristo y lo amaba intensamente; no obstante, deseaba amarlo más, y por eso hacía el esfuerzo por avanzar hacia la meta de amar a Cristo por encima de todas las cosas. Él sabía que cada nueva manifestación de la gloria de Cristo estimularía su amor hacia Él; por eso desde lo más profundo de su ser, exclamaría con la sulamita, diciendo: "Atráeme".

Pablo amaba al Señor por todo lo que Él había hecho a su favor. En primer lugar, lo llamó a la salvación a pesar de ser un perseguidor de la Iglesia, y le perdonó todos sus pecados, concediéndole la justicia de Dios. Como si eso fuera poco, lo llamó también a ser un apóstol y predicador del evangelio. Por medio de su ministerio, el Señor salvó a un número incontable de personas en diferentes partes del Imperio Romano, estableciendo iglesias fuertes en las principales ciudades de Asia y Grecia.

Ante todas estas manifestaciones del amor de Cristo, el apóstol sentía que no lo amaba lo suficiente; que su amor era muy pobre en comparación con lo que el Señor merecía. Por eso Pablo hubiera hecho suyo el clamor de la sulamita, diciendo: "Atráeme".

A pesar del amor que Pablo sentía por el Señor, seguramente hubo tiempos en que sentía que su amor por el Señor se debilitaba y necesitaba ser fortalecido. Hasta el final de su vida, el apóstol se consideró el mayor de los pecadores (1 Ti. 1:15), y confesó la necesidad de luchar contra el pecado (1 Co. 9:26-27). Una de las consecuencias del pecado en nuestras vidas es que entristecemos al Espíritu Santo (Ef. 4:30), y como consecuencia, nuestro amor por el Señor sufre una disminución, o por lo menos, nuestra conciencia nos ataca, indicando que si amáramos más al Señor no cometeríamos esos pecados.

Otra cosa que reduce la intensidad de nuestro amor por el Señor es la carga ministerial o vivencial que tenemos. En la primera carta a los Corintios, Pablo anima a los solteros y a los viudos a considerar la posibilidad de quedarse sin casar. Una razón es por lo que Pablo llama: "*la necesidad que apremia*" (1 Co. 7:26), que tenía que ver con la brevedad de la vida (1 Co. 7:29) y el peligro de la persecución, que generaría "*congoja*" (1 Co. 7:32a). No obstante, la razón principal y la que tiene validez universal, es que la vida matrimonial necesariamente añade responsabilidades que reducen el tiempo que tenemos disponible para amar y servir al Señor. Con justa razón Pablo escribió: "*El soltero tiene cuidado de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero el casado tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer*" (1 Co. 7:32b-33).

A lo largo de los siglos, un número incontable de pastores, misioneros, evangelistas y líderes laicos han confesado que las cargas de la vida matrimonial y familiar limitaron el tiempo que tenían para servir al Señor. Por supuesto, no es un pecado tener una esposa o esposo; tampoco es un pecado tener hijos y criarlos en el temor de Dios. No obstante, estas cosas buenas y legítimas consumen nuestro tiempo, y cuando tenemos una vida ministerial presionada, lo primero que sufre es nuestro tiempo a solas con Dios, con una consecuente reducción en nuestro amor por el Señor y nuestro disfrute de ello. Cuando nos percatamos de este problema, inevitablemente exclamamos al Señor, diciendo: "Atráeme y hazme amarte más que nunca; que Tú seas el deleite de mi vida".

Tomemos un tiempo para reflexionar sobre nuestro amor por el Señor y el grado de pasión que sentimos por Él. Si es necesario, pidámosle que se manifieste en nuestras vidas de tal manera que nos lleve a amarle más y más.

Cnt. 1:4^a

Conquistados por amor

"Atráeme..."

Luego de notar lo que la palabra "Atráeme" significa y el deseo que la sulamita tenía de amar a Salomón cada vez más, debemos preguntarnos: "¿Qué podría hacer él para responder al pedido de la sulamita? Lo que ella acaba de decir en los vv.2-3 nos da ciertas pautas al respecto. Si Salomón la volviera a besar "*con besos de su boca*" (v.2), esto indudablemente conquistaría su corazón. De igual modo, si él se acercara a ella para que la sulamita vuelva a percibir sus ricos perfumes (v.3), esto también impactaría sus emociones y aceleraría su corazón. Es más, ver el

rostro de Salomón, especialmente su mirada y su sonrisa, le encantaría a la sulamita, como también escuchar su dulce voz y oír palabras de halagos. En realidad, Salomón tendría muchas maneras de responder al pedido de la sulamita, para que sus muestras de amor conquistaran su corazón.

Lo que es cierto de Salomón es cierto también de Cristo; Él puede atraer el corazón del creyente en diversas formas. La primera sería a través de un acercamiento personal. ¿Quién no ha sentido la tremenda emoción de percibir la presencia del Señor en un culto, o cuando estamos leyendo la Biblia y orando en nuestros hogares? Cuando esto ocurre, nuestros corazones se llenan de gozo espiritual y nuestro amor por el Señor se inflama.

Una segunda manera que el Señor tiene de atraernos es haciéndonos ver o percibir los 'perfumes' de Su carácter (v.3). Cada vez que aprendemos algo más de Su amor, de Su paciencia, de Su poder o de Su misericordia, lo valoramos más y nuestro amor por Él se profundiza. De igual modo, cuando el Señor nos manifiesta algunos elementos de Su naturaleza divina, como el gobierno que ejerce sobre la creación, el control minucioso que tiene sobre cada circunstancia de nuestra vida, y Su autoridad sobre Satanás y los demonios, sentimos que Él está cautivando nuestros corazones y haciéndonos amarlo más.

A lo largo de los siglos, muchos creyentes han deseado ver la gloria de Dios. Los que fueron bendecidos con nuevas revelaciones de Su grandeza llegaron a servirle con mayor entrega. Uno de ellos fue el evangelista Dwight Moody, de los EE. UU. Un día él salió al campo para pasar unas horas en comunión con el Señor, y durante ese tiempo, el Señor le hizo sentir la grandeza de Su amor en tal manera que Moody tuvo que decirle: "Señor, basta; no me muestras más, porque siento que voy a morir de felicidad". Esta experiencia con el Señor llevó a Dwight Moody a ser uno de los más grandes evangelistas del siglo XIX.

Otra cosa que alegra el corazón de los hijos de Dios es cuando reciben bendiciones de parte del Señor. Dichas bendiciones son como la sonrisa de Dios sobre Sus hijos, haciéndoles saber que Él está complacido con ellos. Las bendiciones pueden tomar muchas formas: lograr una carrera profesional, ingresar a un empleo altamente rentable, comenzar una relación sentimental con una excelente persona, tener la dicha de casarnos, ver el nacimiento de nuestro primer hijo, y muchas cosas más. Cuando el Señor nos bendice en alguna de estas maneras, el resultado es que sentimos mucho amor por Él y nos damos cuenta de que nos está atrayendo con lazos de amor.

Las múltiples maneras en que el Señor puede cautivar nuestros corazones indica que está muy dispuesto a hacerlo; el problema es que a veces somos insensibles a Sus manifestaciones de amor. No hay nada más triste que mostrar amor a una persona con el fin de mejorar nuestra relación con ella, y hallar que a la persona no le interesa nuestros gestos. Lamentablemente, muchas veces tratamos al Señor así; por consiguiente, si vamos a decirle: "*Atráeme*", debemos hacer el esfuerzo necesario para reconocer las acciones amorosas de Dios y responder bien a ellas.

¿Cómo anda nuestro amor por el Señor? Si sentimos que no es muy fuerte y queremos aprender a amarlo más, pidamos a Dios que nos ayude a ser sensibles a Sus esfuerzos por conquistar nuestro amor. Tomemos un tiempo para recordar las muchas bendiciones que Él nos ha dado hasta ahora y preguntémonos por qué no lo amamos más. El problema de la falta de amor siempre estará en nosotros, nunca en Él. Él nos quiere conquistar, pero nosotros a veces no nos dejamos ser conquistados por Su amor.

*"Atráeme; en pos de Ti correremos.
El rey me ha metido en sus cámaras;
Nos gozaremos y alegraremos en ti;
Nos acordaremos de tus amores más que del vino;
Con razón te aman"*

En estas palabras podemos notar cuatro cosas:

1. La petición: *"Atráeme"*.
2. La motivación que la sulamita aduce para justificar su pedido: *"en pos de ti correremos"*.
3. La respuesta que se le otorgó: *"El rey me ha metido en sus cámaras"*.
4. El efecto sobre ella de la respuesta otorgada, que encaja con sus deseos: *"Nos gozaremos y alegraremos en ti; nos acordaremos de tus amores más que del vino; con razón te aman"*.

La petición que hace la sulamita es: *"Atráeme"*. Esta es una palabra que se usa en el evangelio para describir la obra eficaz del Espíritu Santo en el corazón del ser humano, para que el pecador se acerque a Cristo. *"Ninguno puede venir a Mí, si el Padre que Me envió no le trajere"* (Jn. 6:44). Se usa aquí para expresar el deseo de la Novia de ser introducida a una comunión profunda con Cristo, por el poder del Espíritu Santo. Así como ella anhela que Cristo se acerque con Sus "besos de la boca" y con Sus exquisitos perfumes, también anhela la obra interna del Espíritu Santo incentivándola a acercarse al Señor.

Aunque el creyente no está totalmente alejado del Señor y por ende no tiene la misma necesidad de una renovación espiritual, como es el caso del incrédulo, es muy posible que un hijo de Dios decaiga en su vida espiritual, se aleje del Señor y se enfríe espiritualmente a tal grado que necesita una renovación del Espíritu Santo para volver a experimentar el gozo de la salvación. David habla de ello en el Salmo 51, donde confiesa que no solo necesitaba el perdón de sus pecados, sino que le hacía falta una nueva obra del Espíritu Santo en él, creando un corazón limpio y forjando un espíritu recto dentro de él.

No obstante, el problema no solo es el pecado que nos aleja de Cristo; debemos reconocer que hay grados de comunión íntima con el Señor y de acercamiento a Él que no se logran sin una obra interna del Espíritu Santo mayor de la que experimentamos en el nuevo nacimiento, cuando primero conocimos al Señor y fuimos atraídos a Él. Es por la falta de esta mayor obra del Espíritu Santo que tantos creyentes no experimentan una comunión más íntima y una relación más intensa con el Señor.

Estas dos cosas – el impacto del pecado y la superficialidad de nuestra comunión con el Señor, indican que la petición de la sulamita es muy pertinente para la Iglesia hoy en día, y debemos meditar sobre los siguientes puntos para nuestra edificación espiritual:

- a. Cuando hay un alejamiento entre Cristo y el creyente, el hijo de Dios se percata de ello y se entristece. Gracias a la obra interna del Espíritu Santo,

⁸ Tomado del comentario de James Durham, *Clavis Cantici or an exposition of the Song of Solomon* ('**Clavis Cantici**, o sea, una exposición del Cantar de Cantares'), 1723.

el creyente no puede quedar tranquilo con esa situación y tiene que hacer algo al respecto.

- b. Por el amor que siente por el Señor, el creyente desea ser atraído nuevamente a Cristo. El problema es que no se siente capaz de lograr dicho acercamiento y necesita que alguien le ayude a hacerlo.
- c. Confiando en el Señor, el creyente apela a Cristo, pidiendo que Él haga algo para renovar su pasión espiritual; y pide con confianza, sabiendo que Él no solo puede hacerlo, sino que desea hacerlo.
- d. El Señor escucha el clamor de Su hijo y contesta, instruyendo al Espíritu Santo a obrar en el creyente, usando la Palabra de Dios, la oración o los cultos en la iglesia, para tocar su corazón y ayudarlo a desarrollar una nueva pasión por Cristo.

Dediquemos un tiempo ahora para tomar el pulso de nuestra pasión espiritual. Luego pidamos a Dios que forje en nosotros mayor amor por el Señor, para que nuestra vida espiritual salga del letargo y avance con pasos agigantados hacia la meta de amar al Señor con toda nuestra alma y con toda nuestra fuerza. Si Dios hace eso en nosotros, poco a poco toda la iglesia se percatará de la renovación espiritual que Dios está obrando en la congregación.

Cnt. 1:4a

Corriendo la carrera cristiana

"... en pos de Ti correremos"

Esta frase expresa el resultado de las muestras de amor por parte de Salomón. En la medida que él logre atraer el corazón de la sulamita, ella declara que correría tras él.

Lo primero que debemos observar es el verbo: "*correremos*". Ella no dice que caminaría tras él, sino que correría. El verbo indica esfuerzo y energía. Caminar es fácil; correr exige más trabajo. Cuando el padre del hijo pródigo lo vio acercándose a la casa, leemos que él corrió a recibirlo, y lo hizo porque lo amaba (Lc. 15:20). De igual modo, la sulamita expresa el deseo, no solo caminar en forma desganada tras Salomón, sino de correr tras él; sin embargo, para lograr eso, ella reconoce que necesitaba amarlo más.

El autor de Hebreos afirma que el creyente debe correr la carrera cristiana (Heb. 12:1). Lamentablemente, muchos cristianos solo están caminando en pos del Señor, y algunos hasta se han detenido por completo. Una de las causas por el letargo en la vida cristiana es la falta de amor por Cristo. Tenemos un ejemplo interesante de este principio en el relato de la resurrección del Señor. En Juan 20 leemos que cuando Juan y Pedro oyeron que la tumba estaba vacía, los dos fueron corriendo al sepulcro. El evangelista afirma: "*Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro*" (Jn. 20:4). El discípulo que corrió más rápido fue Juan, y corrió así porque era el discípulo amado. Su amor por el Señor le hizo correr más rápido que Pedro, no su vigor físico.

Las palabras de la sulamita confirman que lo que genera en nosotros entusiasmo espiritual es amor. Si no tenemos amor, nuestra vida cristiana será marcada por desgano y una falta de compromiso o entusiasmo. No leeremos mucho la Biblia, pasaremos poco tiempo en oración, muchas veces faltaremos a los cultos, y por cierto no haremos nada en la iglesia aparte de asistir de vez en cuando a los cultos. Nuestro comportamiento señalará la falta de amor.

En Lucas 7:36-50, leemos que un día, un fariseo llamado Simón invitó al Señor a cenar en su casa. Lo hizo más por curiosidad que por amor, porque no le brindó las atenciones más básicas de un anfitrión. No le dio un beso de bienvenida o agua para lavarse los pies, y tampoco ungió Su cabeza con aceite para refrescarlo. Sin embargo, mientras cenaban algo extraño ocurrió. Una mujer entró al lugar donde estaban cenando y empezó a regar los pies del Señor con sus lágrimas, secándolos con sus cabellos y luego besándolos. Finalmente, derramó perfume sobre Sus pies, ungiéndolos con un aceite aromático. Simón quedó escandalizado, porque la mujer era pecadora; sin embargo, el Señor le hizo reflexionar al señalar que las acciones de la mujer revelaban la grandeza de su amor, mientras que, por implicancia, la dejadez de Simón señalaba su falta de amor.

Una de las personas que ejemplifica la acción de correr es el apóstol Pablo. En Filipenses 3:7-11 Pablo señala el gran cambio que ocurrió en su vida cuando conoció al Señor y fue atraído por Su amor. A partir de ese momento, Cristo vino a ser lo más importante en la vida de Pablo. No solo ello, sino que demostró un tremendo entusiasmo por seguir avanzando en la vida cristiana. Por eso declara: *"No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda detrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús"* (Fil. 3:12-14). A la luz de su propio ejemplo, y en el contexto de hablar de ganar el premio por participar en una competencia de atletismo, Pablo exhortó a los creyentes en Corinto: *"Corred de tal manera que lo obtengáis"* (1 Co. 9:24).

La vida cristiana exige entusiasmo y energía, y estas dos cosas son el resultado del nuevo nacimiento y la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas (Ro. 12:11; 2 Ti. 1:6-7). No obstante, tenemos una gran responsabilidad de poner de nuestra parte para correr la carrera cristiana, y para ello es necesario crecer en amor por el Señor. Evaluemos nuestras vidas a la luz de estos principios y pidamos al Señor que nos ayude a crecer en amor para que dejemos atrás el letargo espiritual y comencemos a poner más esfuerzo en la vida cristiana.

Cnt. 1:4a

Corriendo tras Cristo

"... en pos de Ti correremos"

La vida en este mundo es cada vez más agitada y la gente corre por todos lados tratando de hacer muchas cosas, sintiendo que el tiempo no le alcanza para lo que tiene que hacer. El problema no es que el tiempo se haya acortado, sino que la gente está siguiendo demasiados sueños y tratando de cumplir muchos proyectos personales. La sulamita tenía una visión más clara – solo quería ir tras una persona: Salomón. Como dijera David:

*"Una cosa he demandado a Jehová, esta buscare;
Que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida,
Para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en Su templo."*

Salmo 27:4

Con esa misma claridad de criterio y pensamiento, la sulamita exclamó: *"en pos de ti correremos"*.

Es importante aplicar este principio a la vida cristiana, recordando que uno de los grandes retos del creyente es aprender a seguir a Cristo. Para lograrlo, nuestra primera responsabilidad es poner nuestra mirada en Él, como nos exhorta el autor de Hebreos: *"puestos los ojos en Jesús"* (Heb. 12:2). Esta es la única manera de seguir al Señor y participar en la carrera cristiana (Heb. 12:1). Si desviamos nuestra mirada de Él, estaremos expuestos a las tentaciones que vienen de las cosas que nos rodean. Cuando Pedro trató de caminar sobre las aguas para ir a Cristo, lo logró mientras tenía su mirada puesta en Él (Mt. 14:29). Pero cuando comenzó a mirar las olas del mar y a fijarse sobre los vientos huracanados, dejó de avanzar y comenzó a hundirse en las aguas del Mar de Galilea (Mt. 14:30).

El propósito de poner nuestra mirada en el Señor es poder seguir Sus pisadas. Es necesario enfatizar esto, porque el verdadero discípulo no solo estudia la vida de Cristo en forma teórica, sino que aplica a su vida personal lo que aprende del Señor, procurando ser semejante a Cristo en todo lo que hace. Por eso Pedro dijo a los creyentes del primer siglo: *"Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis Sus pisadas"* (1 P. 2:21).

En el idioma original, la palabra *"ejemplo"* es **'jupogrammos'**, que significa 'algo escrito debajo'. Es una palabra que viene del mundo de la pedagogía. En el primer siglo, cuando un tutor quería enseñar a un niño a escribir, elaboraba una tabla de arcilla donde él trazaba letras o palabras con el fin de que el niño escribiera encima de ellas, siguiendo exactamente el trazo del maestro. Hoy en día, profesores usan cuadernos en los que las letras están escritas con puntos, y el estudiante debe escribir encima de los puntos para aprender a trazar perfectamente cada letra. El uso de esta palabra indica que Pedro no estaba exhortando a los creyentes a seguir el modelo de vida de Cristo en términos generales, sino que les instaba a copiar Su forma de vida en la manera más exacta posible.

Una ilustración servirá para explicar lo que Pedro estaba queriendo decir. Cuando el Señor tenía doce años, Sus padres lo llevaron a Jerusalén para participar en la fiesta de la pascua, según la ley lo ordenaba (Lc. 2:41-42). Al fin del tiempo establecido, todos volvieron a casa, menos el Señor Jesús. Sus padres pensaron que Jesús se comportaría como los demás niños de Su edad, y por eso no se preocuparon por Él, confiando que estaba *"entre la compañía"* (Lc. 2:44). Cuando se dieron cuenta de su error, volvieron a Jerusalén, donde cometieron un segundo error: pasaron tres días buscando a Jesús en Jerusalén, yendo a todos los lugares que suponían un niño de doce años querría ver. Por fin lo hallaron en el templo, y Él se sorprendió que lo hayan tenido que buscar, preguntándolos: *"¿No sabíais que en los negocios de Mi Padre me es necesario estar?"* (Lc. 2:49).

Las lecciones de este pasaje son múltiples para los que quieren seguir las pisadas de Cristo. En primer lugar, cuando vamos a un culto en la iglesia, no debemos estar apurados por volver a casa, como los demás congregantes lo hacen. Debemos aprovechar ese tiempo para conversar con otros de la Palabra de Dios, queriendo aprender más de la Biblia y dialogar acerca de los asuntos de nuestro Padre celestial. Es más, si en algún momento vamos a otra ciudad para asistir a una conferencia cristiana, en vez de aprovechar el viaje para hacer turismo, o comprar

cosas, o salir a comer un plato típico, o hasta ver un partido de fútbol, debemos concentrarnos en los asuntos espirituales relacionados con la conferencia. Eso no significa que las actividades que acabamos de mencionar sean pecaminosas; lo único que estamos diciendo es que son ejemplos de cosas secundarias, que frecuentemente llenan nuestras agendas y no nos permiten hacer las cosas importantes que debemos hacer. Si Cristo no aprovechó el viaje a Jerusalén para distraerse, sino que dedicó todo el tiempo a asuntos espirituales, debemos copiar este ejemplo de vida que Él nos da.

Para algunos, la ilustración les parecerá radical, pero es lo que significa seguir las pisadas del Señor con el fin de aprender a vivir como Él vivió. Por supuesto, si no amamos al Señor como la sulamita amaba a Salomón, nos costará hacerlo. Pero si Sus muestras de amor han cautivado nuestro corazón, y si hemos percibido el grato olor de Sus fragancias, y si Él nos ha atraído hacia Él con lazos de amor, entonces no será difícil poner a un lado las cosas de este mundo y concentrarnos en buscar primero el reino de Dios, como lo hizo el Señor Jesús.

Evaluemos nuestras vidas. ¿Estamos siguiendo solo a Cristo, o tenemos nuestros ojos puesto en otras cosas u otras personas? Pidamos a Dios la gracia necesaria para poner nuestra mirada en Cristo y seguir Su ejemplo de vida en la forma más exacta posible, por lo menos en términos de los principios espirituales.

Cnt. 1:4a

Avivamiento espiritual

"... en pos de Ti correremos"

Es importante notar el cambio gramatical entre el pedido de la sulamita ("*Atráeme*") y el resultado de ello ("*en pos de Ti correremos*"). El pedido está en la primera persona singular; es decir, la sulamita está pidiendo algo para sí misma. No obstante, ella expresa el resultado, o la consecuencia de la respuesta a su pedido, en la primera persona plural: "*correremos*".

Lo primero que debemos observar es que, si aplicamos una interpretación literal a Cantares, como muchos lo hacen, esto nos lleva a un gran problema interpretativo, porque sería insólito que una mujer pida a su amado que haga algo para atraerla hacia él y luego afirme que, si lo hace, no solo ella, sino muchas otras mujeres correrían tras él. Cuando una mujer ama mucho a un hombre, ella no lo quiere compartir con otras mujeres; lo quiere solo para sí misma. No obstante, cuando entendemos que Cantares es una parábola, que habla de Cristo y la Iglesia, esta dificultad interpretativa desaparece. La Novia que hace el pedido, es la Iglesia en forma colectiva, que está expresando su anhelo de buscar más al Señor. Sin embargo, el resultado que ella anticipa es expresado en forma colectiva: la renovación espiritual de una iglesia afectará a todos los miembros de la congregación, porque cada creyente comenzará a correr tras Cristo.

Otra forma del ver el asunto es aplicándolo a nivel personal. Si un creyente experimenta una renovación espiritual, esto afectará a los demás miembros de la iglesia y también a las personas inconversas que están en contacto con él. La historia de la Iglesia está llena de ilustraciones de dicho principio. Por ejemplo, en el siglo XVIII, cuando la nación de Gales estaba sumida en una terrible oscuridad espiritual, Dios convirtió a un hombre llamado Howell Harris. Al experimentar el poder de la nueva vida espiritual en él, Howell Harris comenzó a compartir su testimonio con personas que lo rodeaban, y eso resultó en la conversión de muchos

familiares, amigos y vecinos. Poco a poco se animó a predicar, hasta que al final llegó a ser uno de los más grandes predicadores de Gales, y vio a cientos de miles de personas convertidas.

Lo que esto nos enseña es que cuando una persona, sea creyente o inconverso, siente la necesidad del buscar más al Señor y le suplica a Cristo: "*Atraéme*", puede estar seguro de que un avivamiento en su vida personal impactará a los que la rodean, y hará que otros corran tras Cristo.

En realidad, esta debe ser nuestra motivación de buscar más al Señor, porque sería muy egoísta de nuestra parte decirle al Señor: "Avívame a mí, pero deja a mis hermanos en la iglesia tal como están". Más bien, nuestro anhelo debe ser: "Señor, avívame, para que, por medio de mi renovación espiritual, impactes la vida de muchos que me rodean que no te conocen o están decaídos en su vida espiritual".

Encontramos dicha actitud en la vida de David, en el Salmo 51. Consciente de su pecado y de cómo esto lo había alejado del Señor, David clama: "*Ten piedad de mí, oh Dios*" (Sal. 51:1). Luego añade otros pedidos personales, como "*Lávame*" (v.2), "*Purifícame*" (v.7), "*Hazme oír gozo*" (v.8), "*Crea en mí... un corazón limpio*", y "*No me echas de delante de Ti*" (v.11). No obstante, hacia el fin del salmo David comienza a hablar del resultado de esta renovación personal, diciendo: "*Entonces enseñaré a los transgresores Tus caminos, y los pecadores se convertirán a Ti*" (v.13), indicando que su anhelo era que otros se beneficien de su renovación personal.

Reflexionemos sobre la condición de nuestra vida espiritual y la vida espiritual de la congregación a la que asistimos. ¿Estamos decaídos espiritualmente, alejados del Señor, y fríos en nuestro amor por el Señor? En vez de desanimarnos o criticar a los pastores y líderes, pidamos a Dios que nos avive espiritualmente. Pero no lo pidamos solo para nuestro beneficio personal; tengamos el deseo de ser instrumentos de renovación espiritual en otros. Digámosle al Señor: "*Atráeme; en pos de Ti correremos*".

Cnt. 1:4b

La casa del Rey

"El rey me ha metido en sus cámaras"

La heroína de esta parábola pasa de su petición a expresar palabras de acción de gracias, porque ante su ruego ("*Atráeme*"), Salomón respondió permitiéndola ingresar a sus recintos personales. Notemos ciertos detalles que nos servirán de reflexión espiritual. En primer lugar, Salomón no estaba bajo ninguna obligación de responder al pedido de la mujer. Ella era una doncella del campo, una súbdita de su reino, alguien que no tenía derecho alguno a exigir de Salomón lo que le estaba pidiendo. De igual modo nosotros, delante de Cristo, no tenemos derecho alguno de pedirle favores de esa índole. Por naturaleza somos pecadores, hechos del polvo de la tierra, y absolutamente insignificantes delante de Dios, mientras que Cristo es el santo de Israel, el Creador de los cielos y la tierra, el eterno Dios. Sin embargo, este omnipotente Dios ha escuchado nuestro clamor y se ha acercado a nosotros, con el fin de atraernos hacia Él y motivarnos a amarlo más. ¡Esa es la medida de Su gracia!

En segundo lugar, habiendo tomado la decisión de conceder el pedido de la sulamita, era suficiente que Salomón se pusiera de acuerdo con ella para encontrarse en el camino, bajo la sombra de algún árbol, o quizá a la entrada del palacio o en la sala de audiencias. Eso habría sido más que suficiente para satisfacer el pedido de la sulamita de estar cerca al rey, con el fin de percibir el grato olor de sus perfumes y experimentar algunas manifestaciones de su amor. Sin embargo, lo que Salomón hizo fue concederle el increíble privilegio de ingresar a sus habitaciones privadas, donde ella podría disfrutar su amor en forma más íntima y prolongada.

La palabra, “*cámaras*”, es la traducción del término ‘*kjeder*’, que indica un cuarto en el interior de una casa, equivalente a nuestro dormitorio. Fue el lugar donde José se retiró para llorar cuando le presentaron a su hermano Benjamín (Gn. 43:30), y es la palabra que se usa para referirse al dormitorio de Dalila, donde Sansón fue atrapado por los filisteos (Juec. 16:9). Para la sulamita, ser admitida a dicho cuarto fue una maravilla; no obstante, era exactamente donde ella quería estar para experimentar lo que menciona en los vv. 2-3.

Aplicándolo a la vida cristiana, podemos afirmar que Dios nos ha dado un mayor privilegio aún. Por medio de la muerte de Su Hijo, Dios nos ha permitido ingresar al Lugar Santísimo, como lo afirma el autor de Hebreos.

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió a través del velo, esto es, de Su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero...”.

Hebreos 10:19-22

El Lugar Santísimo no es otra cosa que la morada del Dios Altísimo, Su templo y Su palacio celestial. Él no nos invita a tener comunión con Él a la intemperie, o en una cueva fría, o aun en una casa rústica y pequeña. Dios nos invita a ingresar al palacio real, que el salmista describe como “*palacios de marfil*” (Sal. 45:8). Luego de ingresar al palacio, el Espíritu Santo nos conduce a las habitaciones privadas de Cristo, que es el contexto en el cual podemos hablar con Dios cara a cara, como Moisés habló con Dios dentro del tabernáculo de reunión (Ex. 33:7-11). ¡Qué increíble privilegio! Es inconcebible que le digamos a Dios que no tenemos tiempo para hacerlo, porque estamos muy ocupados con actividades humanas y compromisos terrenales.

Reflexionemos sobre lo que el Salmo 45 describe como la experiencia de la Novia de Cristo:

*“Con vestidos bordados será llevada al Rey;
Vírgenes irán en pos de ella.
Compañeras tuyas serán traídas a ti.
Serán traídas con alegría y gozo;
Entrarán en el palacio del rey”.*

Salmo 45:14-15.

¿Estamos aprovechando el privilegio que Dios nos da de ingresar al Lugar Santísimo para pasar tiempo en la intimidad con Él?

"El rey me ha metido en sus cámaras"

Es importante notar en la afirmación de la sulamita que su ingreso a las "cámaras" del rey no fue el resultado de su esfuerzo personal, sino la obra de Salomón. Por eso ella exclama: *"El rey me ha metido en sus cámaras"*. El verbo en hebreo significa 'traído', e indica que Salomón efectuó una acción firme, aunque sin forzarla. Es el verbo que se usa en Génesis 2:19, donde las Escrituras afirman que Dios llevó los animales a Adán para que los nombrara. No sabemos exactamente cómo lo hizo, pero no fue a la fuerza, sino por una acción sobre la mente de los animales que los llevó a acercarse a Adán en forma espontánea y voluntaria. De igual modo, cuando Dios presentó Eva a Adán, en Génesis 2:22, no lo hizo a la fuerza, contra su voluntad, sino que obró sobre su mente en tal manera que Eva decidió acercarse a Adán.

Aquí en Cantares, aunque la versión Reina Valera traduce: *"me ha metido"*, no hay que pensar que lo hizo contra la voluntad de la sulamita. La Biblia de las Américas traduce: "El rey me ha conducido a sus cámaras", mientras que la Nueva Traducción Viviente traduce: "El rey me ha traído a su alcoba". La acción de Salomón señala su gracia, al responder en forma positiva al pedido de la sulamita. No se fijó en la tremenda distancia social que había entre los dos. Su amor por ella, lo llevó a acceder a su pedido, concediendo a la sulamita mucho más de lo que ella imaginaba cuando le dijo: *"Atráeme"*. Es como si le hubiera dicho: "¿Quieres que te atraiga? Entonces ven, sígueme a mi aposento, y podrás conocerme personalmente; y al pasar tiempo a solas conmigo, tendrás lo que tu corazón desea".

Lo que el libro narra en forma de parábola, el Señor lo hace literalmente a favor del creyente. Por medio de Su muerte en la cruz, Cristo abrió el camino al cielo, y ahora el Espíritu de Cristo conduce al creyente a Sus atrios, donde puede contemplar *"al Rey en Su hermosura"*, como lo expresa el profeta Isaías (Is. 33:17).

En cierto sentido, cada verdadero creyente ya ha disfrutado esa experiencia. Por eso Pablo pudo decir a los miembros de la iglesia en Éfeso que Dios *"nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús"* (Ef. 2:6). Sin embargo, es importante que el creyente no solo conozca esta realidad, como parte de la doctrina de la salvación, sino que tenga la experiencia de ello; y la forma de hacerlo es siguiendo el ejemplo de la sulamita. Tenemos que pedirle al Señor que nos conceda el favor de darnos nuevas revelaciones de Su gloria, y esperar que Él lo haga a Su tiempo y a Su manera.

Para algunos, esto suena un poco fantasioso, porque nunca han tenido la experiencia de disfrutar un profundo encuentro con el Señor. No obstante, debemos recordar que la experiencia de estar en Sus atrios es lo que Cristo anhela para nosotros. Por eso se dirigió a Dios diciendo: *"Padre, aquellos que Me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean Mi gloria que Me has dado"* (Jn. 17:24). En un sentido, esto se cumplirá cuando estemos con el Señor en la gloria; no obstante, Cristo desea que experimentemos un adelanto de eso ahora, en esta vida, como un anticipo de lo que experimentaremos luego de la Segunda Venida.

Cada vez que pasamos tiempo con el Señor, buscando Su rostro en oración, debemos estar deseosos de ser llevados en espíritu a Sus atrios para que veamos algo más de Su gloria. Pablo tuvo esa experiencia en forma dramática, cuando fue llevado al tercer cielo, y “oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (2 Co. 12:1-4). Quizá nunca tengamos una experiencia de esa naturaleza, pero por lo menos debemos pedirle al Señor que nos permita tener encuentros más íntimos con Él, en los que somos conscientes de estar en Su presencia, disfrutando el deleite de estar en “la casa del banquete” (Cnt. 2:4) y sentir la grandeza de Su gloria y amor. Si tuviéramos esa clase de experiencia espiritual, nuestro conocimiento del Señor se profundizaría y nunca perderíamos el “primer amor”.

Si nos hemos enfriado espiritualmente, y sentimos que nuestros tiempos de leer la Biblia y orar se han vuelto rutinarios, es urgente que meditemos sobre la experiencia de ingresar al Lugar Santísimo, por el camino nuevo que el Señor abrió a favor nuestro, para que experimentemos el deleite de estar en los atrios del Señor (Heb. 10:19-22). Pidamos al Espíritu Santo que nos ayude a disfrutar de tiempos preciosos con el Señor, para que salgamos de Su presencia con algo de la gloria de Su rostro en nuestras vidas, impregnados de la fragancia de Sus suaves ungüentos (2 Co. 2:14-15; 3:18).

Cnt. 1:4b

“La comunión íntima de Jehová”

“El rey me ha metido en sus cámaras”

Uno de los Salmos que mejor describe el privilegio de tener comunión íntima con Dios es el Salmo 25, donde leemos las siguientes palabras:

*“La comunión íntima de Jehová es con los que le temen,
Y a ellos hará conocer Su pacto.”*

Salmos 25:14

Varios himnos y cánticos espirituales de la Iglesia tratan el mismo tema⁹, porque el Espíritu Santo impulsa al creyente piadoso a buscar una relación más íntima y profunda con Dios, anticipando la relación que tendremos con el Señor en la eternidad.

A continuación, presentamos las palabras de George Burrowes, quien comentó con elocuencia sobre las palabras de la sulamita: “El rey me ha metido en sus cámaras”.

“Cuando nuestros espíritus anhelan al Señor y corremos hacia Él, Él nos recibe y nos invita a pasar a Sus aposentos, a aquel lugar donde nadie puede ingresar a no ser que sea Su amigo confidencial. En Ester 1:5 leemos de un lugar llamado “el patio del huerto del palacio real” donde todo el pueblo podía entrar. Sin embargo, en el palacio había un “patio interior” donde nadie podía ingresar a no ser que era invitado específicamente por el rey (Est. 4:11).

⁹ Ver el Apéndice.

Ese es el lugar del palacio celestial que David menciona en el Salmo 27, hablando de su propia experiencia con el Señor:

*"Porque Él me esconderá en Su tabernáculo en el día del mal;
Me ocultará en lo reservado de Su morada."*

Salmo 27:5

Otro salmista lo expresa de esta manera:

*"El que habita al abrigo¹⁰ del Altísimo
Morará bajo la sombra del Omnipotente".*

Salmo 91:1

El Lugar Santísimo era hermoso, recubierto de oro, con un velo de color azul, púrpura y carmesí, donde estaba el propiciatorio hecho de oro, con los dos querubines confeccionados de metal puro, iluminado únicamente por la gloria de Jehová. Esto era la representación terrenal de los recintos del Rey eterno, quien recibe a Sus invitados en Su mansión celestial. David declara que la persona que ingresa a dicho lugar *"Gozará...de bienestar"*¹¹ (Sal. 25:13). La comunión del Señor es con aquellas personas (Sal. 25:14), porque los trata como amigos de confianza. Y tal como el Señor reveló a Noé el secreto del diluvio, y a Abraham, el secreto de la destrucción de Sodoma, y a Daniel, el sueño del rey, así Él revelará Su pacto, hablando a nuestros corazones con aquella voz quieta y apacible del Espíritu Santo.

¿Cómo expresar la bendición de tener un amigo íntimo como Él! ¿Nos hace falta sabiduría? Cristo, nuestro Amigo confidencial, es la sabiduría de Dios. ¿Necesitamos protección? Nuestro gran Amigo es Cristo; Él es el poder de Dios, y nos puede salvar hasta las últimas consecuencias, aun de la tumba y del infierno. Él no cambia Su amistad según las circunstancias de la vida. A diferencia de aquellos amigos infieles del mundo, Él no nos abandona cuando las riquezas se esfuman. Más bien, se acerca más a nosotros cuando pasamos por tiempos de prueba y sufrimiento. Él es consciente de nuestras debilidades, Él sana a los quebrantados de corazón, derramando Su aceite de gozo y el vino de alegría en corazones maltratados, diciéndonos: "Nunca te dejaré y nunca te desamparé".

En Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento; Él es el dueño de todas las riquezas y de toda la justicia; Él tiene en Su mano derecha nuestra corona de oro incorruptible. Ninguna amistad es tan íntima, tan confiable y tan duradera como la que existe entre Cristo y el alma del creyente. Él nunca divulgará los secretos que le contamos. Si nuestro padre y nuestra madre nos dejaran, Él no nos abandonará. Podemos ir a Él con todas nuestras tristezas y dolor; podemos contarle todas aquellas cosas que quebrantan nuestras almas, porque Él nunca nos recibirá con frialdad, sino que nos recogerá con tremendo cariño y ternura. Aunque le hayamos fallado como lo hizo Pedro, Él no se acordará de nuestros pecados, sino que nos mirará con ojos de amor, como aquellos que contemplaron a Pedro cuando negó conocer al Señor. ¡Felices aquellos que saben valorar la amistad de Cristo!"

¹⁰ La palabra en hebreo significa "secreto" u "oculto" (1 S. 19:2; Sal. 18:11, *"escondedero"*; Sal. 27:5, *"reservado"*).

¹¹ Nota del autor: El texto en hebreo significa: "Morará permanentemente en una condición de bondad", por eso la Biblia de las Américas traduce: "En prosperidad habitará su alma".

Nos hará bien meditar sobre cómo anda nuestra relación con el Señor. ¿Estamos invirtiendo tiempo en ella? ¿Estamos pasando tiempos a solas con el Señor? ¿Sabemos lo que es ingresar al Lugar Santísimo y hablar con el Señor cara a cara como lo hizo Moisés en el tabernáculo? ¡Cuánta falta nos hace valorar más nuestra relación con el Señor, para cultivarla y profundizarla día a día! Pidamos la ayuda del Espíritu Santo para hacerlo, porque en la carne nunca lo podremos hacer.

Cnt. 1:4c

Gozo y alegría espiritual

"Nos gozaremos y alegraremos en Ti"

Una vez más, la sulamita pasa de la primera persona singular (*"El rey me ha metido en sus cámaras"*) a la primera persona plural (*"Nos gozaremos y alegraremos en Ti"*), indicando que la experiencia de la Iglesia, en forma colectiva como la Novia de Cristo, se refleja en la experiencia de cada miembro.

Las palabras de la sulamita expresan las emociones que el creyente experimenta al estar en la presencia del Señor, disfrutando una comunión íntima con su Salvador. En el Salmo 16, David afirma: *"En Tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a Tu diestra para siempre"* (Sal. 16:11). Por consiguiente, el hijo de Dios que se acerca al Señor por la sangre de Cristo, y procura entrar en una comunión íntima con Él en el Espíritu, puede esperar una experiencia repleta de gozo y alegría espiritual.

Cada uno de los verbos que la sulamita usa es de gran interés, y valdría la pena tomar un tiempo para reflexionar sobre ellos. El primero es **'gil'**, que según la concordancia de Strong es una raíz hebrea que significa 'girar' (bajo la influencia de una emoción profunda). Por ejemplo, ¿quién no ha visto a un niño correr y dar vueltas de alegría, por la tremenda emoción que siente cuando su padre le dice que se van de vacaciones? De igual modo, en la cultura hebrea, una noticia de gran alegría generaba un ambiente de fiesta en la que las personas espontáneamente tomaban los tamboriles y comenzaban un baile comunitario, girando juntos, llenos de gozo (ver Ex. 15:20). A esto se refiere la Palabra de Dios cuando habla del gozo que el creyente puede experimentar en la presencia de Dios.

El segundo verbo es **'samakj'** que tiene el sentido de 'alumbrar'. Este verbo expresa la manera en que el rostro de alguien se ilumina cuando recibe una buena noticia (ver Sal.19:8). Por ejemplo, cuando un estudiante recibe la noticia que ha ingresado a la universidad, su cara expresa la profunda alegría que siente en su corazón. Por eso Salomón afirma: *"La luz de los ojos alegra el corazón"* (Pr. 15:30); literalmente, 'alumbrar el corazón'.

Debemos preguntarnos: ¿qué es lo que provoca tal desborde de gozo y alegría espiritual? Varios textos bíblicos nos dan la respuesta. En el Salmo 9, David describe la manera en que Dios lo salvó de muchos peligros, y en el v.14 afirma lo siguiente:

*"Para que cuente yo todas Tus alabanzas
En las puertas de la hija de Sion,
Y me goce [**'gil'**] en Tu salvación."*

Cuando el creyente está en la presencia de Dios y trae a la memoria las muchas maneras en que Dios lo ha salvado, tanto espiritual como físicamente, se llena de

un gozo espiritual inefable y a veces incontenible (ver Sal. 13:5). En el Salmo 14, David describe las emociones del pueblo de Dios cuando el Señor hace volver a los cautivos de Su pueblo, diciendo: “*Se gozará Jacob, y se alegrará Israel*” (Sal. 14:7), que son los mismos verbos que la sulamita usa aquí en Cantares 1:4.

En términos generales, cuando el creyente repasa en su mente las muchas bendiciones que recibe del Señor, su corazón se llena de este gozo espiritual. David habla de ello en el Salmo 16. Primero reflexiona sobre el hecho que Dios mismo es su herencia y que Dios lo ha bendecido grandemente en su vida personal (vv.5-6). Luego reconoce que Dios lo ha guiado a lo largo de su vida, instruyéndolo y sosteniéndolo en todas las dificultades (vv.7-8). Finalmente se acuerda que Dios no dejará su cuerpo en el sepulcro, sino que lo resucitará en gloria (v.10). El resultado de toda esta reflexión espiritual, guiada por el Espíritu Santo, lo lleva a David a exclamar: “*Se alegró [**samakj**] por tanto mi corazón y se gozó [**gil**] mi alma*” (v.9).

A lo largo de los Salmos, estos dos verbos van de la mano y expresan la gran alegría que el creyente disfruta en su andar con Dios, experimentando las múltiples bendiciones espirituales que Dios le concede.

*“El rey se alegra en tu poder, oh Jehová;
Y en Tu salvación, ¡cómo se goza!”* (Sal. 21:1)

“Me gozaré y alegraré en Tu misericordia.” (Sal.31:7)

*“Alegraos en Jehová y gozaos, justos;
Y cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón.”* (Sal. 32:11)

La falta de gozo y alegría espiritual, en la vida del creyente, apunta a una deficiencia en su comunión con el Señor. Evaluemos nuestro estado anímico y preguntémonos qué debemos hacer para volver a experimentar el gozo del Señor. La solución no es necesariamente pasar más tiempo orando, sino pasar más tiempo en la presencia del Señor. Las dos cosas no son las mismas, porque hay muchas personas que pasan tiempo orando que no disfrutan comunión con Dios. Pidamos a Dios que nos ayude a ingresar al Lugar Santísimo para realmente entrar a la presencia del Señor. Así saldremos llenos de gozo espiritual.

Cnt. 1:4c

Dichosos...

“Nos gozaremos y alegraremos en Ti”

Cuando leemos la Biblia, una de las cosas que aprendemos es que Dios anhela nuestra felicidad. Hasta podríamos decir que las Escrituras son nuestro manual de la felicidad, porque ellas nos explican qué es y cómo obtenerla (Sal. 1). En realidad, la felicidad viene en varias maneras, como el libro de Apocalipsis indica con sus siete bienaventuranzas (Ap. 1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7 y 22:14). No obstante, podemos resumir la enseñanza bíblica acerca de la felicidad humana en tres puntos principales.

En primer lugar, la felicidad viene por medio de la obediencia a la Palabra de Dios. El Salmo 1 lo indica claramente:

*"Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos,
Ni estuvo en camino de pecadores,
Ni en silla de escarnecedores se ha sentado;
Sino que en la ley de Jehová está su delicia,
Y en Su ley medita de día y de noche."*

Salmo 1:1

El Salmo 119 lo recalca, porque el autor inicia su gran exposición del valor de la Palabra de Dios afirmando:

*"Bienaventurados los perfectos de camino,
Los que andan en la ley de Jehová.
Bienaventurados los que guardan Sus testimonios,
Y con todo el corazón le buscan."*

Salmo 119:1-2

En segundo lugar, la felicidad viene cuando seguimos los principios divinos que Dios establece para nuestras vidas. El Evangelio de Juan indica que el Señor vino a esta Tierra con un propósito muy específico: *"Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia"* (Jn. 10:10). Las personas necesitaban de Su ministerio porque andaban tristes, cansadas y agobiadas, como ovejas que no tenían un pastor que las cuidara. Ante la falta de felicidad que Él pudo ver por todos lados, Cristo comenzó el gran Sermón del Monte con una serie de bienaventuranzas (Mt. 5:3-12), culminando con las palabras *"Gozaos y alegraos"* (Mt. 5:12). Estas ocho o nueve bienaventuranzas nos enseñan que alcanzaremos la felicidad cuando vivimos según los principios del reino de Dios.

Aquí en el libro de Cantares, el Señor nos lleva a otro nivel, porque aprendemos que el camino a la felicidad tiene un tercer componente, que es la comunión íntima con el Señor. La obediencia es importante, como también lo es seguir los principios divinos para nuestras vidas (Jn. 1:17); pero indudablemente el factor más importante en nuestra felicidad terrenal es vivir en comunión con el Señor (Jn. 20:31; 1 Jn. 5:11-12). Por eso el Espíritu Santo guio a Salomón a poner en los labios de la sulamita las palabras: *"Nos gozaremos y alegraremos en Ti"* (Cnt. 1:4c).

Notemos las últimas dos palabras: *"en Ti"*; es decir, en Dios y en Su Hijo, Jesucristo. Satanás, el mundo y la carne nos ofrecen muchas alternativas a la felicidad, aparte de Dios. Vemos esto desde el inicio de la creación, cuando Satanás sedujo a nuestros padres, Adán y Eva, ofreciéndoles la felicidad por comer del fruto prohibido. El resultado fue un tremendo desengaño, porque lejos de traer la felicidad, este acto de desobediencia hundió al mundo en la más terrible miseria espiritual, de la cual la raza humana no ha podido extraerse todavía, y nunca lo hará hasta encontrar la felicidad en el Señor. Como declaró el Señor Jesús: *"esta es la vida eterna: que Te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado"* (Jn. 17:3).

Todo ser humano busca la felicidad, pero pocos la encuentran. La gran mayoría tiene momentos de alegría, pero no gozan una verdadera felicidad, porque no conocen al Señor. Y no todos los que conocen al Señor son felices, porque no todos los creyentes tienen vidas centradas en el Señor. Dios nos ayude a entender que

la única forma de ser verdaderamente felices es viviendo en comunión íntima con el Señor Jesús.

Cnt. 1:4d

Celebrando el amor de Dios

"Nos acordaremos de Tus amores más que del vino"

El v.4 describe la experiencia de cada persona que se convierte al Señor Jesús. Primero Dios manifiesta Su amor hacia el pecador y lo atrae hacia Él. Ante la manifestación del amor de Dios en Cristo, el pecador corre hacia el Señor Jesús y experimenta la dicha de entrar a la presencia de Dios. Esta experiencia llena su corazón de gozo y paz, y lo lleva a querer contar a sus familiares y amigos las maravillas del amor divino. Al mismo tiempo, comienza a vivir en comunión con otros que han experimentado el amor de Dios, sintiendo en su corazón lo que la sulamita dice al fin del v.4: *"Con razón te aman"*.

A lo largo de los años, el creyente continúa viviendo la misma experiencia. Ansioso de conocer más el amor de Cristo, le pide a Dios que lo ayude a experimentar más el amor del Señor en su vida. Por medio de los cultos en la iglesia o sus tiempos a solas con el Señor, el creyente tiene nuevas experiencias del amor de Dios, que incrementan su gozo y alegría espiritual. Esto lo lleva a hacer eco de las palabras de la sulamita: *"Nos acordaremos de tus amores más que del vino"* (v.4d).

En el idioma original, el verbo es **'zakar'**, que significa 'recordar', y se usa en ese sentido en muchos pasajes bíblicos (Gn. 8:1; 9:15; 19:29; etc.). Sin embargo, en ciertos contextos, el verbo tiene el sentido de 'recordar' con el fin de 'celebrar' (Ex. 13:3, *"Tened memoria de este día"*), o simplemente 'celebrar' en el sentido de 'proclamar' (1 S. 4:18, *"cuando él hizo mención del arca"*).

En el contexto del v.4, los tres sentidos son aplicables. El creyente constantemente se acuerda y trae a la memoria el amor de Dios, porque ese amor es de tal magnitud que lo recuerda más que todos aquellos momentos en que disfrutó los deleites del mundo o de la carne (lo que la sulamita llama el *"vino"*). David fue consciente de ello, por eso testificó: *"Tu diste alegría a mi corazón mayor que la de ellos cuando abundaba su grano y su mosto"* (Sal. 4:7).

El recuerdo de los momentos en que experimentó el amor de Dios lleva al creyente a celebrar este amor *"más que del vino"*. Es decir, se alegra en este amor; y la celebración espiritual del amor de Dios en su corazón es importante para el creyente porque genera el deseo de disfrutar mayores manifestaciones de este amor, relegando los placeres de la carne y del mundo a un segundo plano. Si tan solo Sansón hubiera hecho esto, su vida habría sido muy diferente.

Dios manifestó Su amor hacia él en muchas maneras:

- Nació de una mujer estéril (Juec. 13:2-3); por lo tanto, disfrutó mucho el amor de su madre.
- Fue llamado por Dios a ser nazareo (Juec. 13:4-5a).
- Dios prometió salvar a Israel por medio de él (Juec. 13:5b).
- Dios manifestó el poder del Espíritu Santo en su vida (Juec. 13:25; 14:6).

Dios quería que estas y muchas otras experiencias más de Su amor llenaran la mente de Sansón en tal manera que menguaran sus deseos sexuales. Lamentablemente, no fue así, y el resultado fue un desastre espiritual en su vida.

La celebración interna del amor de Dios lleva al creyente a querer celebrarlo externamente, en el sentido de proclamarlo a otros. Si las personas que no conocen el amor de Dios celebran y proclaman sus fiestas mundanas, cuánto más el creyente debe proclamar el amor de Dios, que es mil veces mejor que todo el "vino" del mundo.

Tomemos un tiempo para recordar aquellos momentos en que hemos experimentado el amor de Dios en nuestras vidas, y pidamos a Dios que nos ayude a recordar esas experiencias en tal manera que nuestros corazones sientan una profunda alegría personal. Si lo hacemos, el resultado será un deseo ferviente de contar a otros lo que Dios ha hecho en nuestras vidas, y lo haremos en tal manera que relegará todas las manifestaciones del "vino" de este mundo a un segundo plano.

Cnt. 1:4e

La lógica del amor

"Con razón te aman"

Según la neurociencia, el amor es un estado de locura temporal, producto de una explosión de neurotransmisores. Sin embargo, la sulamita declara que amar a Salomón era algo eminentemente razonable: *"Con razón te aman"* (v.4e). En esta frase ella no explica quiénes eran las personas que amaban a Salomón, pero se sobreentiende que eran las "doncellas" que ella mencionó en el v.3. Las vírgenes amaban a Salomón por todas las razones que la sulamita expone en los vv.2-4, y también por todo lo que ella va a decir de Salomón en los siguientes capítulos (ver Cnt. 2:3-4, 8-9, etc.).

La historia del mundo está repleta de ejemplos de mujeres que han amado mucho a ciertos varones, pero ningún amor se compara con el amor que el creyente siente por su Salvador. Para los que han nacido de nuevo, el Señor Jesús es *"el más hermoso de los hijos de los hombres"* (Sal. 45:2). Un hombre que amaba mucho al Señor fue el apóstol Pablo. Él habla de ello en Filipenses 3, donde afirma: *"Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura para ganar a Cristo"* (Fil. 3:8).

La forma en que Pablo vivía, y todo lo que él hacía y sufría por el Señor Jesús, llevó a algunos a considerar que estaba loco. Uno de ellos fue Festo, el gobernador romano, quien después de escuchar el testimonio de Pablo, estalló diciendo: *"Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco"*¹² (Hch. 26:24). Pablo reconoció que su forma de vivir era muy extraña para algunos, y confiesa: *"si estamos locos"*¹³, *es para Dios"* (2 Co. 5:13). Sin embargo, añade: *"Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió..."* (2 Co. 5:14-15).

¹² La palabra en griego es 'mainomai', de la que se deriva el término 'maniático'.

¹³ La palabra en griego es 'existemi', que significa 'estar fuera de sí' (ver Mc. 3:21).

Lejos de ser una locura, amar al Señor y servirle de todo corazón es lo más lógico que un ser humano puede hacer, como Pablo afirma en Romanos 12:1, cuando exhorta a los creyentes en Roma, diciendo: *"Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional"*. En el idioma original, la palabra "racional" es es '**logikos**'. Como dijera el destacado pionero de las misiones, Carlos Studd: "Si Jesucristo verdaderamente es Dios y entregó su vida por mí, entonces no hay ningún sacrificio que yo podría hacer por Él que sería demasiado grande". Fiel a su palabra, cuando Studd heredó una fortuna de su padre, dio todo el dinero a las misiones, y luego se internó en el centro del África, donde murió testificando de Cristo.

En el texto original de Cantares, la palabra que la sulamita usa es '**meysar**', que significa 'justicia', 'rectitud' o 'equilibrio' (ver Sal.9:8; Pr. 1:3). Lejos de ser una locura, amar al Señor Jesús de todo corazón y entregar nuestras vidas a Su servicio, es un asunto de justicia, rectitud y equilibrio espiritual. Más bien, no hacerlo es una muestra de gran demencia; no solo porque Él merece nuestro amor, por la calidad de persona que es, sino porque un día todos seremos juzgados precisamente por cómo hemos amado y servido al eterno Hijo de Dios. En ese día, los que han servido al Señor como lo hizo Pablo, serán reconocidos como los más cuerdos, y los que no lo hicieron, serán considerados los más dementes del universo.

Evaluemos nuestras vidas a la luz de estos criterios. ¿Estamos viviendo conforme a la lógica divina o estamos viviendo de acuerdo con los criterios del mundo? Meditemos en lo que ocurrirá en el día del juicio final, y pidamos a Dios Su ayuda para vivir lógicamente, amando al Señor y sirviéndolo de todo corazón. ¡Nada más es de eterno valor!